

# BUEN HUMOR



40 CENTIMOS



Dib. ANTONIO GARCÍA LÓPEZ. - Valladolid.

—Aquel que allí ves es un millonario venido a menos.

—Sí, sí; ya se ve que está acostumbrado a estar en una posición muy elevada.



# BUEN HUMOR

SEMANARIO SATÍRICO

## PRECIOS DE SUSCRIPCION

(PAGO ADELANTADO)

### MADRID Y PROVINCIAS

Trimestre (13 números).....	5,20 pesetas
Semestre (26 — ).....	10,40 —
Año (52 — ).....	20 —

### PORTUGAL, AMÉRICA Y FILIPINAS

Trimestre (13 números).....	6,20 pesetas
Semestre (26 — ).....	12,40 —
Año (52 — ).....	24 —

### EXTRANJERO

UNION POSTAL

Trimestre.....	9 pesetas
Semestre.....	16 —
Año.....	32 —

### ARGENTINA (Buenos Aires)

Agencia exclusiva: MANZANERA, Independencia, 856	
Semestre.....	\$ 6,50
Año.....	\$ 12
Número suelto.....	25 centavos

REDACCION Y ADMINISTRACION:

Plaza del Angel, 5.—Madrid

APARTADO 12.142

Los famosos polvos

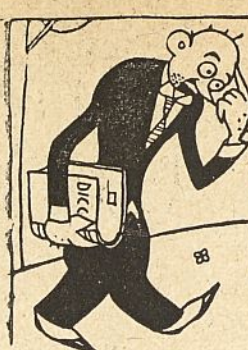
insecticidas de

Leyer y Compañía


Son infalibles para la destruc-

ción de toda clase de insectos





# SECCIÓN RECREATIVA DE BUEN HUMOR



por DIEGO MARSILLA

6.—Que le den amoníaco

borrA chera

7.— Para “andar de cabeza”

RIO MUY LEJANO



SOMBREROS  
**BRAVE**  
6 · MONTERA · 6

8.—Una costumbre

ESCRITOR FRANCÉS

T

Ciudad italiana Río

9.—Charada

El cine me encanta; tan pronto *segunda*  
*tercia* salgo de mi *tercia sexta cuarta*, voy  
allá y me *prima dos quinta* al lado de  
mi *prima quinta sexta cuarta* en el sitio más  
*segunda terciada quinta*, gracias a la *todo*, que  
nos estima mucho.

10.—Arriba, arriba

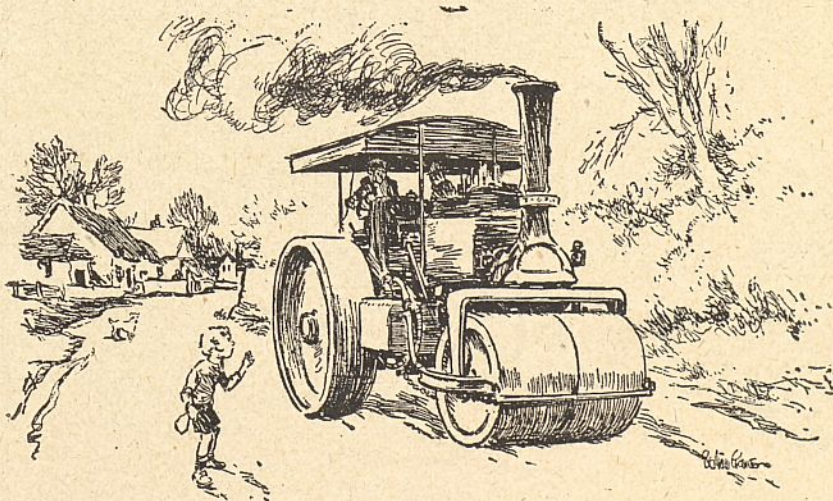
NOTA CAMINO NOTA

100

H A C H A

11.—Charada

*Tercia prima segunda y prima segunda*  
*segunda prima prima.*  
—Lo primero, bien; pero lo segundo, no;  
cuesta una *todo*.



El pequeño.—Por favor, caballero, ¿quiere usted partir esta nuez?

De The Humorist.—Londres.

Cupón núm. 2

que deberá acompañar  
a toda solución que se  
nos remita con destino  
a nuestro CONCURSO  
DE PASATIEMPOS del  
mes de agosto

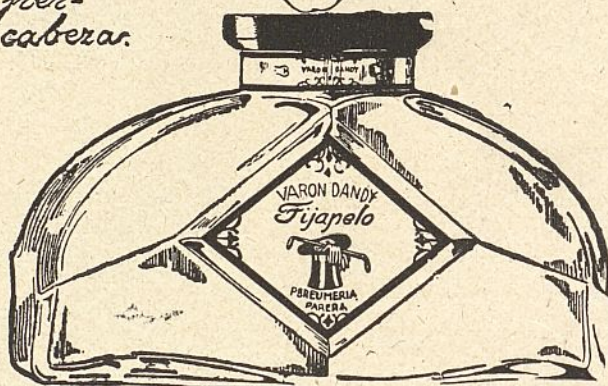




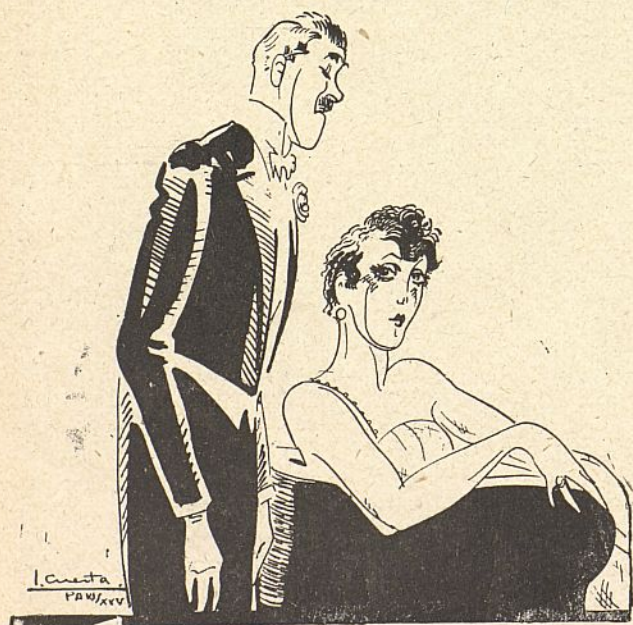
*¡Todos! haréis extensible elogio  
del **FIJAPELO Varon Dandy**.  
Creación la más perfecta y de  
buen tono para el fijado per-  
manente que embellece la cabeza.*

**PERFUMERIA  
PARERA**

**Badalona**



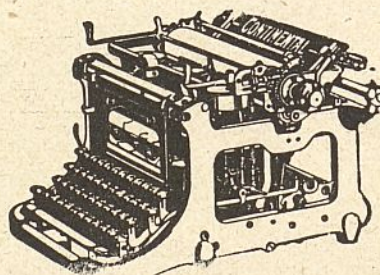
**BALL  
VAL**



Dib. CUESTA.

—Antes de quedarse usted soltera, ¿sería capaz de ca-  
sarse con cualquier idiota si pretendiera pedir su mano?  
—Con una declaración tan terminante... ¡no sé qué de-  
cirle!

La máquina de escribir **CONTINENTAL**  
es la predilecta



Pídanla a prueba a los concesionarios de  
España, Portugal y Marruecos.

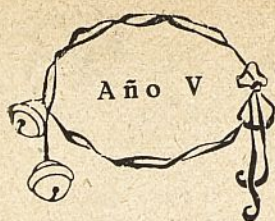
**ORBIS (S. A.)**

MADRID.-Hortaleza, 17, Tel. 44-58 M  
BARCELONA.—Clarís, 5  
VALENCIA.—Mar, 8.  
BILBAO.—Ledesma, 18  
PALMA DE MALLORCA.—Quint, 7.  
SEVILLA.—Rivero, 7.  
TOLEDO.—Comercio, 14.

Procedentes de cambios por la sin par  
máquina de escribir **CONTINENTAL** se  
venden máquinas de ocasión de todos  
los sistemas, en buenas condiciones

**Alquiler de Máquinas**  
**Accesorios para todos los sistemas**





## UNA ESPECIALIDAD



OR casualidad, han llegado a mis manos las "Páginas especiales" de un periódico o revista denominado *Región*. Por más que he hecho, no he conseguido averiguar dónde se edita ese periódico o esa revista. Sólo sé que, con motivo del vuelo Madrid-Manila, consagra en las mencionadas "Páginas especiales" algo así como un homenaje a la heroica proeza de nuestros aviadores, en el que aparecen, amén de varias fotografías, un saludo, del Arzobispo de Manila, a éstos, otro saludo de don Joaquín Balmori, presidente de la Federación del Trabajo de Filipinas, a los obreros de España, y una canción de raza, firmada por Marciano Sorita.

Pues bien, este último señor soy yo, mientras no se demuestre lo contrario. Y digo que soy yo, porque la canción es mía. Ahora que no me llamo Marciano Sorita, sino Zurita, que no es lo mismo.

Hasta este momento histórico, había tenido el honor de ver mi nombre, escrito de muy diferentes maneras en los periódicos nacionales y ultramarinos. Se me ha llamado Mariano, Marino, Marcelo, Marcelino, Marcelliano y Mario, que es como me denomina mi casi tocayo Benlliure y Tuero, cuantas veces tiene la bondad de acordarse de mí. Pero con el apellido nunca se había metido nadie, hasta que *Región* se ha tomado la dulce molestia de alterarlo en una forma que más que apellido de origen aragonés, como es

el mío, parece de procedencia filipina. El caso, por lo visto, era dar autenticidad a las firmas de las "Páginas especiales", dedicadas a Filipinas y a España. Sabe Dios cómo se llamará el presidente de la Federación del Trabajo de Filipinas, y si Miguel, el Arzobispo de Manila, es el verdadero autor de la bienvenida dada a los aviadores, a su llegada a la ciudad de Legazpi.

Pero no paran ahí las cosas. Para mayor garantía de que la canción de raza no es una composición reproducida de otro periódico sino que ha sido escrita con el exclusivo objeto de celebrar la proeza de nuestros com-

patriotas y en el preciso momento de aterrizar éstos en Manila, no se contenta *Región* con alterar mi apellido hasta darle cierta apariencia de chongo, sino que me obliga a firmar los versos en Tuguegarao—Cag. 1. F. Y esto ya pasa de la raya.

¿Dónde está Tuguegarao y qué diablos es eso de Cag. 1. F.? Camelos, no, amigos. Bien que si saben ustedes que estoy casado con una filipina, transformen mi apellido aragonés en indio, o poco menos, pero ¡por Dios y por todos los santos, no me obliguen a firmar nada en Tuguegarao, donde les aseguro, bajo palabra de honor, que no he escrito versos nunca! Y además, no añadan esa prolongación charadística de Cag. 1. F., que es para volver loco a cualquiera.

Desde que cayeron en mis manos las "Páginas especiales" de *Región*, no duermo apenas, tratando de descifrar ese pavoroso jeroglífico. ¡Tuguegarao—Cag. 1. F.! ¿Con qué se comerá esto? ¿Qué querrán decir esas palabras cabalísticas a cuyo lado las glosas de Eugenio D'Ors y los versos de Juan Ramón Jiménez son absolutamente transparentes y diáfanos? ¿Qué enigma encierran? ¿Qué misterio guardan? ¿Quién es el ladrón que las ha escrito?

Lo único que de todo este intríngulis patriótico-poético he podido sacar en claro es la justificación del título de especiales que se dan a sí mismas las Páginas literarias de *Región*. Sí, señor; tienen una especialidad. Pero no quiero decir en letras de imprenta en qué consiste. Dézcanla ustedes.

MARCIANO ZURITA.



Dib. SILENO.—Madrid.



# LA VISITA DEL MEDICO

No hay nada que conforte y tranquilice más en casa del enfermo, que la presencia del médico. Los dolores se mitigan ante él, el asma cede, hasta la muerte parece tener la galantería de no entrar hasta que ha salido.

Conservar el espíritu del enfermo es una obligación del médico, el cual, con una receta, aunque la juzgue inútil, presta una esperanza al doliente y un consuelo a su sufrimiento.

Por esta razón, un médico optimista tiene un valor tan considerable, que esa condición del galeno es una virtud que debe correr pareja con su sabiduría.

La misma clasificación de las enfermedades tiene una gran importancia. Llamar catarro pulmonar a una pulmonía es una piedad engañosa que se agradece. Decir calentura gástrica a un tifus, un disimulo caritativo.

Quitarle importancia a las dolencias también es un bálsamo.

Llamarle malo a un catarrito, cuando es tuberculosis o decirle fiebreclillas a unas calenturas infecciosas.

Se cuenta de un médico de los que tienen esta máxima bienhechora sobre los diagnósticos, que fué llamado en caso grave de honor para una familia

cuya hija soltera había tenido un descaído con el galán de sus ilusiones.

El padre, hombre de ideas rectísimas sobre la dignidad, requirió al médico de nuestro suceso para que dictaminara sobre el estado de la muchacha, decidido el jefe de la familia a tomar una determinación gravísima si sus sospechas se confirmaban.

El doctor hizo el reconocimiento. La familia esperaba con ansiedad su diagnóstico. Este balbució el dictamen para ser exacto y suave y quitándole toda importancia, dijo por fin, sereno:

—Nada, no es nada. La señorita tiene un estado un poquitín embarazoso y nada más.

Sé de otro médico de los optimistas, muy aficionado a toros, que visitaba a un enfermo grave, también muy torero, y entraba en la alcoba de la siguiente manera:

—¿Dónde está ese farsante que dice que está malo para que le dejen estar tumbado a la bartola?

—¡Ho a, doctor!

—¡Vaya cara, amigo! Esa es otra cara que la de ayer.

—¡Tengo la estocá, don Anselmo!

—¡Pero es pescuecera, está usted aun muy entero!

—¡Anoche me ahogaba! ¡He delirao!

—¡Y ha tirado las almohadas, doctor!

—¡Soñé que estaba viendo torear al Niño de la Palma!

—¿Al niño de Ronda? ¡Mal aficionao!

—¡Pero si no se arrimaba, don Anselmo!

—¡Mentira! Descubra usted ese percho. ¡Cayetano Ordóñez es el amo del toreo!

—¡Ni el encargao!

—¡Diga usted ole!

—¿Al niño?

—¡Pa auscultarle!

—¡Olé!

—¿Está usted viendo?

—¡Si es pa que ausculte!

—¡Es verdad!

—El que se ha hecho el amo es "el Chato". ¡Pero por narices! ¡Como que tiene contratadas cincuenta corridas!

—Ahora, ahora la espalda. ¡Diga usted treinta y tres!

—¡Cincuenta!

—¡Pero si es pa oírle el vértice del pulmón!

—¡Treinta y tres serán las de Cayetano!

—¡A ver el vientre!

—¡Que me hace usted daño!

—¡Usted perdoné! Pero es que me da rabia que estén ustedes viendo toros toda su vida y no aprendan!

—¡Más que usted! ¿Cómo me encuentra usted doctor?

—¡Muy bien! Siga usted con lo mismo y el domingo por la tarde a ver a Juan.

—¿Usted cree que el domingo podré salir?

—¡Eso sí! ¡El domingo, a estas horas, está usted camino de los toros!

Y es verdad, el domingo siguiente, el enfermo va camino de los toros, pero en vez de entrar por la Avenida, sigue por la calle de Alcalá hasta el Este.

Pero hasta el último instante el pobre enfermo estuvo alimentando esa esperanza.



Dib. GRAN.—Madrid.

EL SUEÑO DE UNA NÖCHE DE VERANO

¡Dos troneos!

ANTONIO PLANIOL

25 julio, 26.



# Consultorio de "BUEN HUMOR"

RUFINO ALEAS. PAMPLONA.—Preguntaba usted si hay en el mundo alguna cosa, además del vino, que se suba a la cabeza y añade usted que duda de que la haya porque todas las personas a quien ha interrogado sobre este punto le han contestado negativamente.

Pues bien, esas personas y usted no saben, por lo visto, nada del mundo y su estruendo. Porque, para que ustedes lo sepan, además del vino se suben a la cabeza los sombreros, los específicos contra la calvicie, los peluqueros y los verdugos, cada uno con una intención distinta pero igualmente lícita, legal y loable.

Y no hablemos de ciertos bichejos de inmundo nombre y de escasa simpatía en la sociedad (a pesar de lo cual tienen derecho a la vida como cada quisque), cuyos egregios individuos, no sólo se suben a la cabeza en cuanto usted se descuida, sino que son los gachós de más pretensiones que hay en el planeta.

Y lo digo porque pican muy alto...

MARIANO DEL VALLE. MADRID.—Los callos se pueden tener en varios sitios, todos ellos igualmente dolorosos y molestos: en los dedos, en la planta del pie, en la parte media del talón, en los escarpates de las tabernas y en el estómago.

Los de los pies se quitan con un callicida inventado por un pariente del cajero de BUEN HUMOR; los de los escarpates se quitan en cuanto lo ordena un guardia que va de parte del alcalde, y los del estómago se quitan con agua de Carabaña, con sal de higuera o con una enérgica intervención quirúrgica.

Procure usted no tenerlos nunca en el estómago, aunque le conviden amablemente y aunque el anfitrión sea su cariñoso y anciano padre.

TERESA RIPOLLÉS. VALENCIA.—Es usted exageradamente ingenua, hermosa señorita, y lo decimos por su cándida creencia de que el pollo pera es tan antiguo como el mundo.

No lo crea usted. Cada época ha tenido su clase de pollo, aunque casi siempre los pollos han pertenecido a la categoría frutal o simplemente comestible. Nosotros hemos conocido el pollo melón, el pollo uva, el pollo batata, el pollo queso y el pollo calabacín. Hay quien ha conocido al

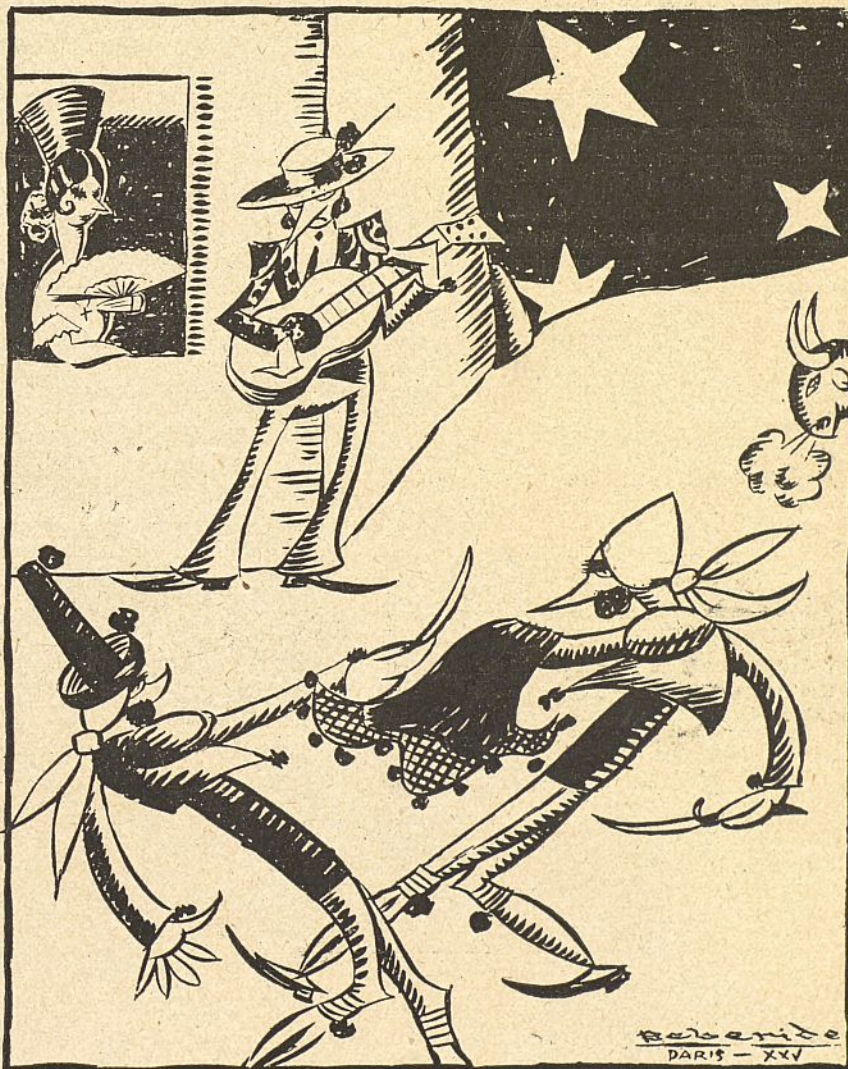
pollo gallina, que parece un contrasentido y no lo es, y no falta quien nos nable de pollos ciruelas y de pollos bellotas, y no queremos citar más pollos, no sea que acudan a la cita y nos hagan la reverenda pascua.

Pero una prueba de que la antigüedad de esos calificativos es más respetable que García Prieto en la actualidad, la tenemos en que nuestra madre Eva, ya llamaba a Adán de una manera semejante.

Le llamaba el pollo manzana.

Cosa muy puesta en razón, si se tiene presente la clase de lío de frutería que tuvo lugar entre los dos y que, a pesar de verificarse sin testigos, produjo el escándalo que produjo; que, si lo llega a ver alguien, no sabemos lo que hubiera sido esto.

EVARISTO CARRETERO. SALAMANCA.—Le han engañado a usted miserablemente. Loreto Prado y Enrique Chicote no han sido novios nunca, ni se han



Lib. BEBERIDE.—París.

"Espagnolade" o la Puerta del Sol en una noche de verano, según una parisiense vertinesca.



pedido las manos mutuamente, ni han pensado en casarse jamás. Es una pareja como las de los guardias de Seguridad, que dan la vuelta a la manzana, pero sin comérsela.

Excuso decirle a usted, por tanto, que es inexacta la historia que le han contado de que la unión artística de Loreto y Chicote data de un lejano día en que Enrique raptó a la señorita Prado.

No hay tal rapto. Ni es lógico que jamás lo haya habido. Tanto Chicote como los demás mortales, sabemos que robar a la señorita Prado no sería un rapto como los corrientes. Sería un rapto de enajenación mental, y solamente disculpable si ocurría de noche y si la noche estaba oscura y no permitía ver los objetos a dos centímetros de distancia. Viéndolos, es imposible; y me juego la vida a que tengo razón.

CONRADO NORIEGA. BARCELONA. — ¿Con que usted es sombrerero y le acaban de robar dos mil sombreros violentando los cierres de su tienda y casi en las narices de la policía?

Lo sentimos lo que no puede usted figurarse, pero le recomendamos un poco más de calma que la que demuestra. Usted, lleno de rabia y saliéndole a la cara el coraje que tiene escondi-

do, vocifera que es una indignidad y una vergüenza que los ladrones no estén descubiertos a estas horas.

Y nosotros le decimos a usted que cómo narices quiere que estén descubiertos los ladrones habiéndose llevado dos mil sombreros.

¡Esos ya no se descubren ni para acostarse, ilustre y desgraciado amigo!

LAURITA VELARDE. MADRID. — Indudablemente es un guasón el pollo que le ha dicho a usted que en Judea y en los años anteriores a Jesucristo, existían unas fuentes públicas en las que se bañaban impúdicamente las muchachas hebreas que tenían calor y ganas de lucir el físico.

Nosotros, por lo menos, no conocemos más fuentes de judías que las posteriores a la muerte de Nuestro Señor.

Esas, sí. Las conocemos bien. Las conocemos y las amamos con todo el frenesí de nuestra alma. Son las fuentes en que bebemos nuestra inspiración y de las que salen los efluvios que perfuman nuestra prosa académica y musical.

Cubierto: dos pesetas.

AVELINO PEDROSA. SANTANDER. — La pregunta de usted tampoco es inocente ni nada. Es usted el lector número mil y pico que se nos queja de su señora madre política y, después de

narrarnos las atroces desventuras y los enormes perjuicios que le irroga la compañía de tan intolerable dama, suelta usted el siguiente interrogante:

¿Qué hago con mi suegra?

Pues bien, le vamos a dar a usted la mejor solución, la que todavía no le hemos dado a ninguno de nuestros lectores:

—Haga usted *ragout*.

Claro es que el que se lo coma ya va aviado, pero usted no se preocupe. Su felicidad está por encima de todo y bien vale la pena de que se meta usted en ese guisado, si de él ha de salir la ansiada y sacrosanta libertad.

JACOBO FERNANDEZ. MONTEVIDEO. — Su consulta nos sume en un proceloso mar de confusiones. Siete días llevamos pensando en ella y todavía no hemos encontrado nada que aconsejarle. Nos pregunta usted nada más que esta ligera nimiedad:

—¡Quiero leer una novela de Ricardo León! ¿Qué me recomiendan ustedes?

Y, ¡la verdad!, no sabemos qué recomendarle. Aunque, desde luego, lo que nos parecería más apropiado es que se arrojase usted al océano atlántico de cabeza.

Y lo decimos porque si lee usted la novela lo hará también, y como de todas maneras se ha de arrojar al mar, ¿para qué leer el libro encima, que son dos tragos que no hay héroe que los aguante?...

ALFREDO LAMPÉREZ. VALLADOLID. — Lamentamos que sea usted mudo y lamentamos mucho más que su esposa le traicione con un amigo.

¿Quiere usted un consejo? Pues marche usted con los tiempos, que ya no son de venganzas calderonianas ni echegarayescas.

No diga usted nada a los culpables.

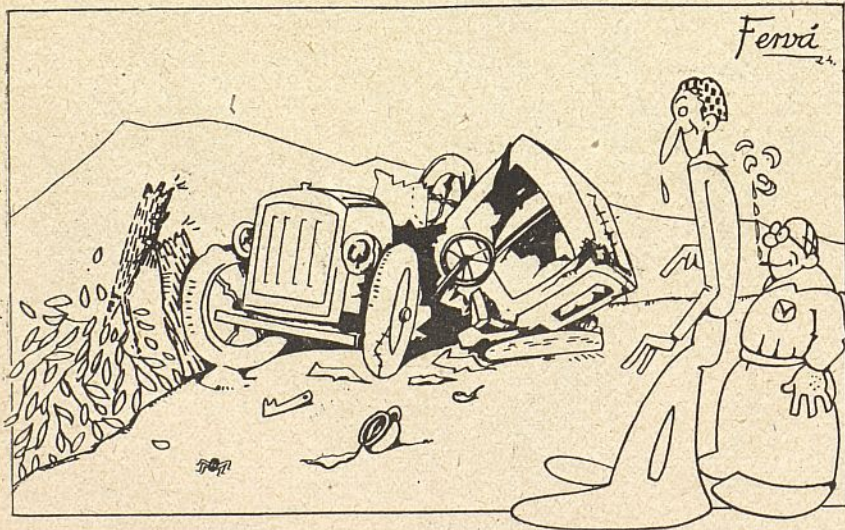
Y que sea su dolor completamente mudo, y así ya son ustedes dos: el dolor y usted.

¿Nos da usted palabra de que lo hará así?

Aunque ahora caemos en que qué porra de palabra nos va usted a dar si no tiene usted ninguna; pero, en fin, es lo mismo y no vamos a regañar por eso.

Recuerdos a la parienta.

ERNESTO POLO

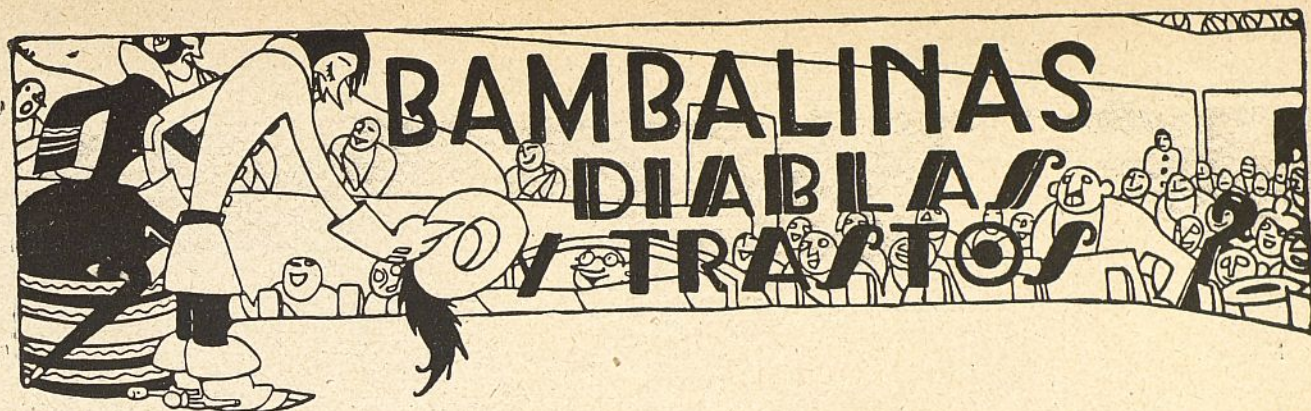


Dib. FERVÁ -- Villalba.

—¡Pero, Nicasio! ¿No decías que se trataba de un coche cerrado?

BUEN HUMOR lo venden en la capital de Guatemala el diario de la tarde «Excelsior» y los señores La Riva Hermanos, 9.<sup>a</sup> Avenida Sur, número 8





### A la puerta del teatro

No entremos a ningún teatro; quedémonos en los cestos de los aguaduchos y en las terrazas de los cafés. No hay nada tan instructivo y tan edificante. Un ciego toca *Las Mujeres de Locuesta*; un manco canta flamenco; una embarazada berrea el último cuplé; un sexteto ambulante arremete con *El anillo de hierro*; un virtuoso del acordeón se sienta y todo y borda un pasodoble. Todos vienen a pedir. Otros no piden, venden: el que sale mañana; el que no sale; el que toca; el que no toca; cacahuets; barquillos; almendras tostadas; cangrejos de mar; tapices de Smirna...

...¡la Biblia! Esto de la Biblia no es una exclamación; es que, en efecto, los vendedores ambulantes de las Biblias anglicanas salen en el verano a propagar su mercancía.

Este espectáculo vario y voluptuoso, que suele ser conocido con el nombre del teatro de la vida, tiene la ventaja de permitir a los espectadores la charla, el comentario, el intercambio de anécdotas y chistes.

Refiramos nosotros algunas.

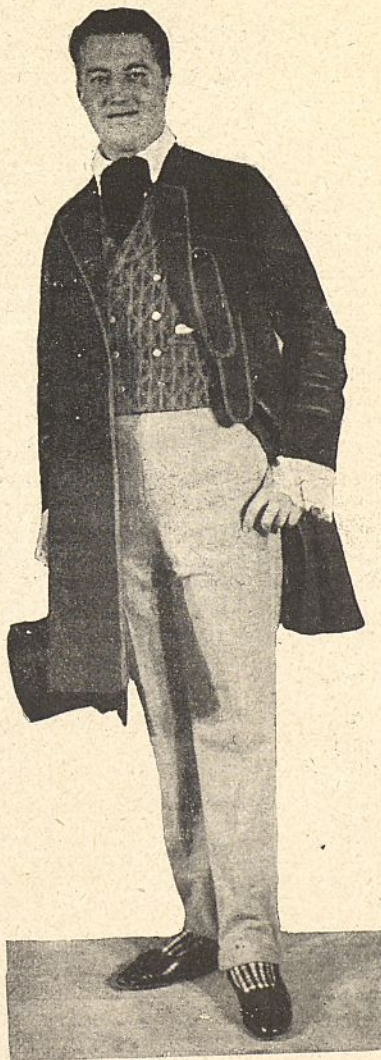
### Recuerdos de Sacha Guitry

Hemos estado hablando con Sacha Guitry. Sacha Guitry nos está contando en *Candide* algunos de sus recuerdos. Podemos, pues, decir que nos ha hablado, pues los escritos de Sacha son conversaciones. No habla jamás con el papel; habla siempre con el público y más que con el público, en general, con cada lector en particular. Da la sensación de que está contándonos aquello exclusivamente para nosotros.

La conversación de Sacha deja siempre un ramillete de sabores muy

diversos, muy ligeros, pero todos gratos.

Parece el hombre menos profundo de la tierra; el conversador que habla de lo primero que se le ocurre,



José Luis Alore, en "La Calesera"

sin propósito de profundizar en nada, sin esfuerzo para nada; y sin embargo, ¡qué sutileza, a veces, y, a veces, qué seriedad!...

\*\*\*

Nos habla de San Petersburgo. Fué allí, teniendo cuatro años. "Me acuerdo—dice—del parque de una finca, donde pasaban mis padres temporadas. Pero, en realidad, como he tenido varias fotografías del parque y las he mirado tantas veces, y las he perdido y las he vuelto a encontrar una y mil veces, he terminado por no saber, cuando ahora las contemplo, si me acuerdo realmente del jardín o de las fotografías."

Cuando volvió de Rusia, en el año 91, se encontró en la estación con otro hermano suyo, Ivan, que ya iba al colegio. Sacha llevaba un traje de peluche verde y un casquete en la cabeza, adornado con una pluma verde. Su hermano llevaba un delantal negro, de colegial y un cinturón de cuero. Los dos hermanos se quedaron mirándose, sin saber qué hacer.

Se abrazaron, por fin, a instancias de la familia, y entonces el hermano aprovechó el momento y le dijo a Sacha:

—Oye, tú; ¿por qué te han vestido de mono?

\*\*\*

A continuación, siguiendo el hilo del recuerdo, surgen unas breves líneas que constituyen sabrosa aportación para los enemigos del divorcio.

"Mi madre—dice Sacha—tramitaba, a la sazón, su divorcio.

Mis recuerdos al respecto carecen, por supuesto, de precisión. ¿Podíamos darnos cuenta mi hermano y yo de la anormalidad de nuestra vida? Teníamos la sensación de que algo



grave ocurría en la vida de nuestros padres, pero no podíamos darnos cuenta de la desgracia que nos amenazaba.

Se divorcian dos personas; triste cosa; pero alguna de las dos—si no ambas—encuentra alguna ventaja en el divorcio. Supone un cambio radical en su existencia y acaso la posibilidad de volver a ser felices o de ser felices por fin. Pero el divorcio para los hijos es horrendo.

No poder decir si vimos alguna vez



Luis Ballester, en la misma

sentados juntos a la mesa a nuestros padres; no haber visto cuando estábamos enfermos las caras de los dos inclinados sobre la cuna, resulta después horrendo.

“Después”, porque sólo después se da uno cuenta de aquéllo y se dice uno: “He tenido padre y madre, sí; los he adorado; pero la familia, lo que se dice la familia, yo no sé qué es eso...”

\*\*\*

Y termina, a propósito de divorcios, contando la anécdota de un ni-

ño a quien habiendo encontrado, en visita, a una señora (su madre) que le acariciaba y le decía: “¡Cómo te pareces a tu padre!”, contestó el pequeño: “¿Conoces tú a papá?”

\*\*\*

De vuelta ya de Rusia, le mandan al colegio.

No han pasado de aquí las memorias.

En otras ocasiones, sin embargo, se han contado escenas de su vida de colegial; de mal colegial, por supuesto; y hasta nosotros mismos creemos haber contado algo en estas páginas.

Baste por hoy aquel recuerdo-historieta de Sacha cuando tenía nueve años.

Se presenta en la tienda de ultramarinos en donde solían surtirse los suyos y dice:

—Me han encargado en casa que manden un quilo de azúcar, dos quilos de garbanzos, cuarto de quilo de arroz—y fué enumerando la lista de un pedido de importancia.

El tendero tomó nota y cuando terminó dijo Sacha:

—¿Cuánto importa?

Suma el tendero; le dice la cantidad al muchacho y éste, entonces:

—Muy bien; pues entonces muchas gracias; pero no manden el pedido...

Sacha explicó: en su casa no le habían dado encargo ninguno; era que en el colegio le habían puesto aquel problema de suma y le había parecido más cómodo y más seguro recurrir a aquel procedimiento.

### Tristán Bernard en el café

Tristán Bernard se sienta en la terraza de un café con dos amigos. Se limpia el sudor, resopla y pide un aperitivo. Le sirven un líquido extraño que huele a Rum-quina y que sabe a botica.

Tristán Bernard se lo bebe sin rechistar; pero después de haber pagado le dice al camarero:

—Haga el favor de devolverme la receta.

### La ley de los complementarios

En un grupo comentan la manía inaguantable que le ha dado a Fulano de contar a todas horas y cien veces sus conquistas amorosas.

—Hay que dispensarle, contesta

uno. Todos los inválidos tienen la manía de contar las batallas en que pelearon.

### Para terminar

Un famoso conferenciante expone, ante numerosos admiradores que le escuchan con la boca abierta, los trucos y recetas para conseguir en las Conferencias un éxito brillante. El



Y María Badía, en... cantadora

auditorio está maravillado. Tristán Bernard se acerca.

—No olvide usted, amigo mío, aquel precepto célebre: “Una vez terminada la conferencia, salude con graciosa reverencia y procure retirarse de puntillas.”

—Oiga, ¿por qué de puntillas?

—Para no despertar al auditorio.

\*\*\*

Nosotros, después de saludar, nos retiramos de puntillas.

MANUEL ABRIL





—A poco no me se cae la capa.  
 —No se dice me se; se dice se me.  
 —Bueno, entonces manda que nos traigan unos entresemes, Fernando.

Lib. ALPH<sup>a</sup> — Madrid.



VIAJANDO POR ITALIA, PARA PRESUMIR

## LA INVASION DE LOS TURISTAS DEL NORTE

Los muchos jóvenes brutos que en el mundo hay, como puede ver cualquiera que pasee por la calle Alcalá, de seis a nueve de la noche, me autorizan a suponer que todavía queden, rezagados, algunos de aquellos famosos bárbaros del Norte. Rezagados y dedicados a la procreación de tan hermosa especie.

Bien, pues si quedan, que hagan el favor de disculpar el título de esta crónica. No les moleste la comparación con los turistas. Resígnense sabiendo que los bárbaros, por lo menos, no eran turistas, mientras que los turistas, además, suelen ser bárbaros.

Italia, campo de acción, antaño, de la barbarie nórdica, es hoy campo de contemplación del nórdico turismo.

El turismo—vayan ustedes enterándose, para cuando lo tengamos—es un mal de la serie, ya larguita, de males necesarios. Necesario porque deja dinero, y mal porque desgasta el pavimento, fomenta la edificación de hoteles, la publicación de tarjetas postales, la *eclosión* de cicerones, el aumento de las tarifas ferroviarias y la conservación cariñosa de muchas inmunidades históricas que no hay por qué conservar.

Supónganse ustedes que, merced a los malos oficios de nuestra Comisaría Regia del Turismo, tenemos ya turistas en forma de plaga, como la *povera* Italia. Ya han invadido el país nuestro los pelos rubios, los monóculos, los *baedekers*, los mamarrachos femeninos con gafas y zapatos bajos, las piernas desprovistas de pantalones y medias... ya anda el turismo olisqueándonos la casa y metiéndose en los rincones... de la belleza. ¿Qué sacamos nosotros? ¿Que cuatro alemanes dificulten con sus moles la ya dificultosa circulación de la calle de Carretas, mirando el café de Pombo y tomando notas para una obra *colosal* sobre "El café antes del descubrimiento de América"? ¿Que los jóvenes mauristas gasten el tiempo vendiendo postales por la Gran Vía y los chinos que hoy la decoran ofrezcan, en vez de collares, pisapapeles de corcho con el busto de Cervantes, miniaturas de mazapán de la ciudad de Toledo, sombreros cordobeses con la Giralda encima y comedias de Bus-

carini traducidas al francés? ¿Que haya tres corridas de toros, cada tarde, con la plaza llena de sajones gritando: "¡*aguámate, latrón!*" y "¡*pipa tu cuego!*"? ¿Que los turistas amantes de las venerables vejeces y de las ruinas abandonadas, visiten a don Valeriano Weyler? ¿Que los políticos del antiguo régimen, con el deseo de no ver apolladas sus envidiables dotes oratorias, se hagan *cicerones* y corran por las salas del Museo del Prado, diciendo que el Greco pintaba cosas tan largas porque era bizco, y que Goya, para pintar su maja, en vez de pinceles usó banderillas? ¿Que "Prensa Gráfica" edite un "Catálogo de las sillas y bancos del paseo de Recoletos, de imprescindible necesidad para los turistas que quieran sentarse", y la "Casa Calpe" una "Noticia necrológica de todos los árboles arrancados por don Cecilio Rodríguez"? ¿Que Sevilla convierta en semanas santas con cofradías, todas las semanas del año? ¿Que los turistas se lleven a sus respectivos países, como *rareza* del nuestro, boquerones, garbanzos, churros, mantones, alpargatas, castañuelas, tabaco de cincuenta y algún que otro guardia de la porra?

Y con todo esto, y mucho más, que no sigo preguntando, para terminar alguna vez, repito: ¿qué sacamos nosotros?

¡Dinero! ¡Dinero!—me dirán los fondistas.

La costumbre de tratar a los ingleses y no huir de ellos, como ahora nos ocurre—objeterán los abúlicos.

El honor de que fuera de España se escriba de ella—contestarán los intelectuales.

Esto último me convence, desde luego. No en balde soy también, por desgracia, intelectual. Me satisface que escriban, acerca de mi patria, cosas de estilo de turista. Nunca olvidaré el día que leí estas deliciosas palabras fielmente traducidas de un sesudo libro publicado fronteras allá:

"España es un país bello y con pinturas como las panderetas del mardroño y el oso. Sus manolas tienen ojos grandes como guitarras y cuando ven a los extranjeros bailan el gitano con las ligas de sus amantes. Los hom-

bres son toreadores o, como ellos dicen, chulapos, que siempre van a las corridas de vacas con los pititos encendidos, los nervios en la punta y los claveles adornando sus sombreros de teja. Las andaluzas se llaman todas *olés*, tienen la sangre derramada y son furias con su corazón cuando los celos matan a sus flamencos; los curas, mendigos y bandoleros, con sus monaguitos y monos sabios, cantan en los conventos la jota y todas las letras. Yo he visto por las calles oscuras de Sevilla que dicen a su compadre cuando pasa en el burro: ¡Eh, don Amigo, dame tu caña con vino, que voy a pescar la merluza...!"

Este aterrador panorama que he hecho suponer al lector español, lo goza, desde hace tiempo, con todos sus inconvenientes, el *povero* italiano. El dinero que el turista le deja, casi no compensa las molestias que le causa. Pero el *povero* italiano aguanta, porque no tiene más remedio... ni más dinero; aguanta la nota antiestética que los alemanes le ponen en las calles, la desconsideración de los franceses para comerle los macarrones, lo mucho que las inglesas le manosean el *David* de Miguel Ángel.

Que los españoles, ¡por Dios!, no veamos tales desventuras en nuestra tierra querida. Antes que la ola del turismo llegue y nos envuelva, pidamos, roguemos, clamemos al Señor:

¡Oh, Señor omnipotente, libra a nuestra España de la epidemia turística! Dáenos dinero, con tu munificencia o con la lotería, para no necesitar del dinero del turístico. Libra a Toledo, a Sevilla, al Escorial, al Museo del Prado, al Manzanares y a la Fuente de la Mina de la contemplación de esa gente ociosa y boquiabierta. Preferimos que no nos admiren a que nos *interpreten*.

¡Bastante tenemos ya, Señor, para nuestra modestia con los mozos que vienen de Guadalajara a ver cómo cae la bola de Gobernación...!

BERNARDINO DE PANTORBA

En toda Italia.



# UN MES EN EL CAMPO

1.<sup>a</sup> Semana.—Mis compañeros de oficina entraban en ella, y limpiándose el sudor a lo largo de la línea sonrosada que les dejó el sombrero de paja en la frente, se espatañaban en el sillón del jefe, que aún no había llegado, y que, física y espiritualmente, es donde puede uno mejor espatañarse en las oficinas.

Luego se levantaban limpiándose el cogote—aunque el jefe llegara a las doce, siempre les inquietaba inconfesablemente estar en su sillón más de medio minuto—y entonces me decían:

—¡Ay, Jacobito! ¡Qué calor hace!...

Pero yo no lo notaba. Era un optimista del calor.

Después añadían lo de siempre, y se veía que lo traían tristemente pensado.

—Si yo pudiera... ¡maldita sea!... me pasaba este mes en el campo... Y resoplaban "la calor".

Pero yo no "la" notaba.

Pero yo... tiré un día el tintero, delante del jefe, que me miró con esa mirada que vence a pulso. Mi mirada se venció, por último, desmayadamente, como el brazo—codo en la mesa—que ya va derrotado.

Se agacharon mis ojos como una chifla de goma que perdió todo el aire, y comencé a sudar.

Desde entonces, mi ira oficinófoba era marcada. Le ponía banderillas de ironía al jefe en su ausencia:

—¿Os habéis fijado?... Tiene gestos de Ministro admirado por una camarilla; sobre todo cuando llega. Es un gesto magnífico, de cansancio, que parece un gran cansancio del espíritu, ¿os habéis fijado?... ¡Pues es el recalentamiento de un callo, con esto del calor!

Todos reían halagados.

Y cuando al día siguiente me decían:

—¡Ay, Jacobito! ¡Qué calor, qué calor! —Yo me limpiaba el sudor porque me pasaba las horas temiendo la llegada del jefe, y contestaba:

—¡Qué calor!... De buena gana me marcharía un mes al campo.

Me engañaba yo mismo. Lo que me hacía sudar y lo que me echaba al campo, era el jefe, el jefe. Y si no, hagamos examen de conciencia todos.

fui a la estación del Norte. Pilla tan cuesta abajo, que ya no había remedio; pero de pronto me dieron ganas de volver, de estarme aún dos días en Madrid, para asegurarme del permiso para ver pasar mis horas de oficina... y reír.

En fin... ¡pillaba tan cuesta abajo!...

En los andenes estaban los grupos de criadas—tres, cuatro—muy pegadas por la espalda, como las gracias de una fuente redonda, rodeadas de maletas y de cestas que ahuecaban las alas para que se asomaran, como curiosos, las coliflores o los paquetes.

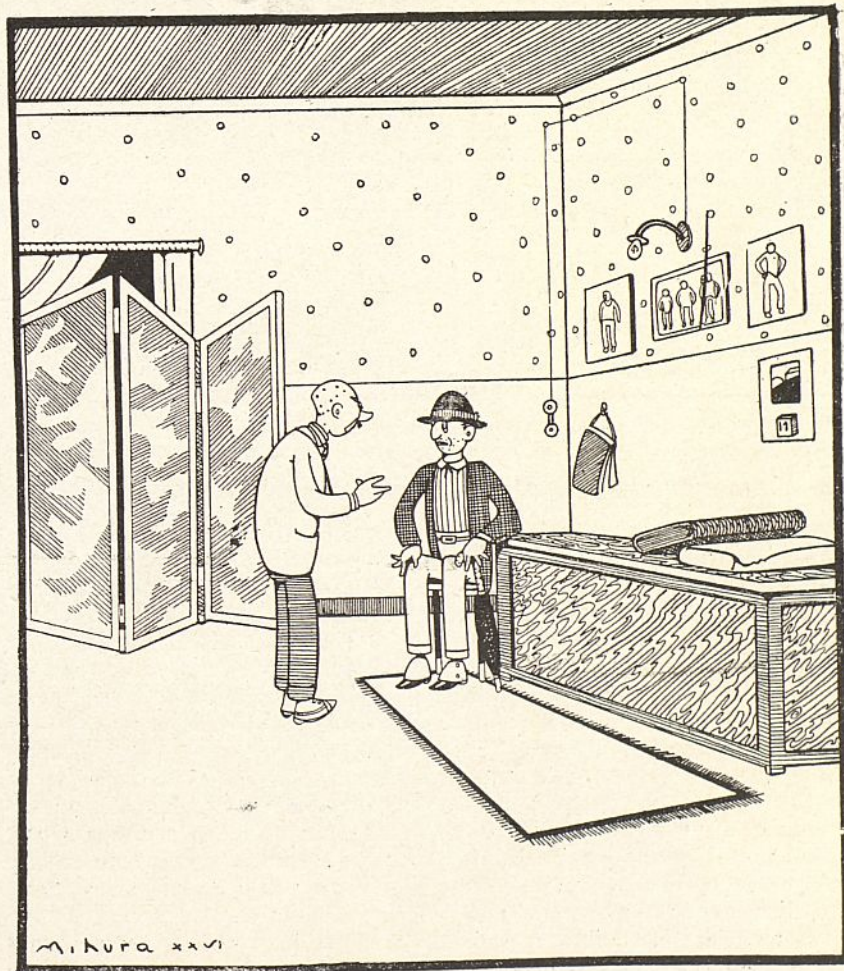
Esperaban que el señor, muy inquieto por la hora—y sobra tiempo—tomase unos billetes en esta ventani-

nilla; otros, en la otra; otros, en la otra...—los señores, las criadas, los bultos...—Mi tren era sencillo, como un juguete de cordel. Pero en la vía siguiente se preparaba otro, lleno de fofosidad, como un potro de príncipes. Si no podía inquieto, en cambio hervía espumarajos por las ruedas, por las chimeneas, por todas las válvulas de la máquina gigante y noble.

—¿Cuál sale antes?

—El 20.002, que es el de usted; lo malo es si le apartan en alguna estación para que pase el 80.001, que es tren de lujo.

—¿De lujo? Entonces no nos pasaría, porque no es distinguido llegar a



Dib. MIHURA.—Madrid.

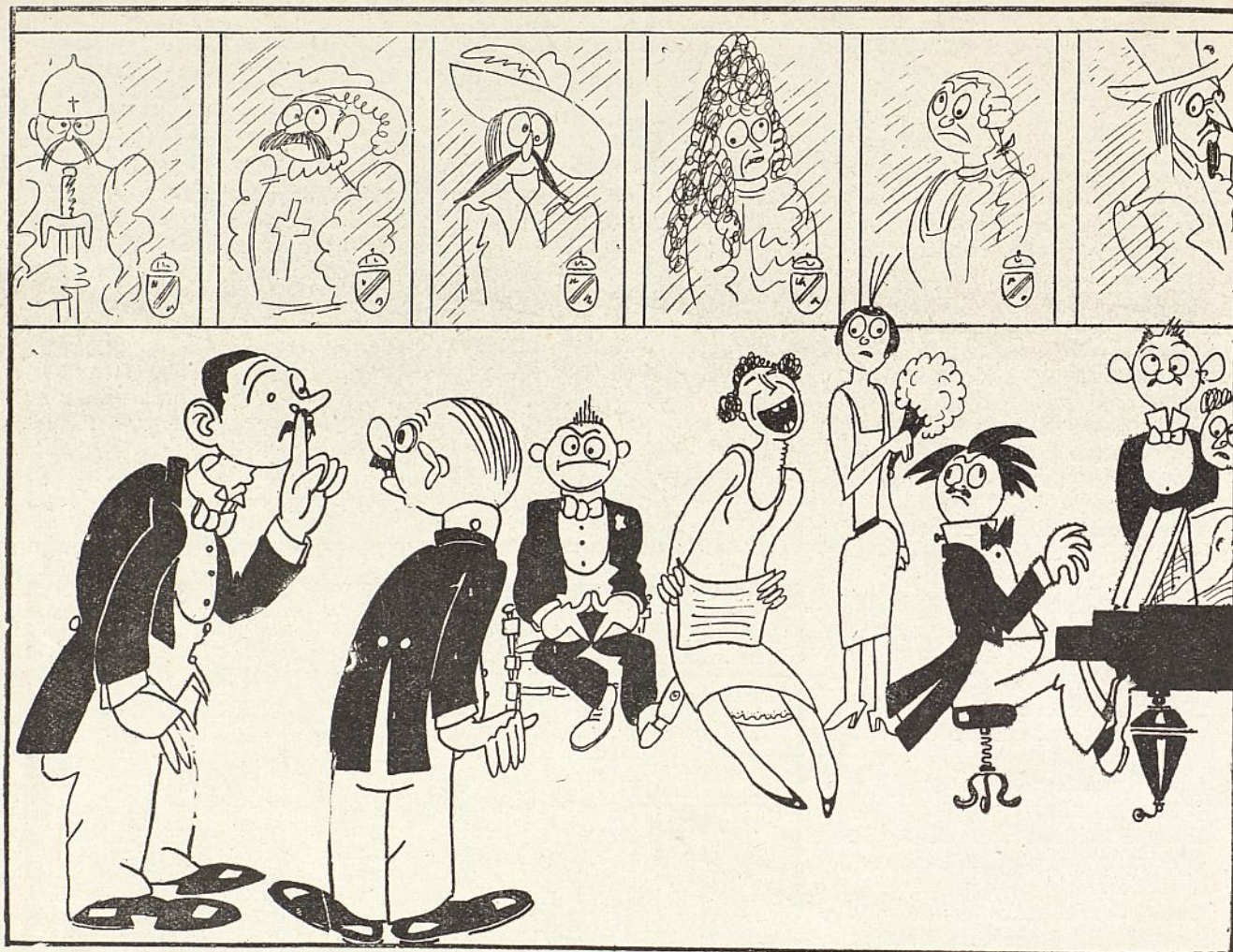
—Ya le he dicho a usted que no le hago más ropa hasta que no me pague lo que me debe.

—Sí; pero es que yo no puedo esperar tanto.

\*\*\*

Conseguido el mes de permiso, me





—Le habrá costado un sentido que su señora aprenda a cantar con el oído tan malo que tiene.  
—Sí, señor; el sentido del oído.

Dib. SAMA.—Madrid.

tiempo. Hay que dejar que esas damas encopetadas, que se despiden con joyas en los dedos desde la ventanilla, no tengan que madrugar para descender en San Sebastián. Eso pensaba yo.

Nuestro tren de alta chimenea, como un sombrero de copa de cartón, salió de Madrid, empeñado en hacer eses. ¡Qué cabezota!

Claro que los carriles se lo impedían.

Yo tuve un recuerdo sentimental para mi pisito cerrado con llave. Me paseé por dentro con la imaginación, y en la imaginación vi moverse el péndulo de mi reloj, que sonaba en cada extremo como si se desenganchase.

Qué extraño me resultó, al pensar con la cabeza apoyada en el respaldo y la mirada sobre la redecilla como una maleta; qué extraño me resultó, digo, pasearme por mi casita, imagi-

nativamente, y topar con el péndulo inquieto.

Mi casa se quedaba como durmiendo una siesta larga; y mientras hubiera péndulo, vivía el corazón.

De pronto, y en esto estaba, cuando se levantó un murmullo en el vagón, que era corrido, como una escuela de niños.

Se asomó la gente; me asomé yo. Y allí vimos al tren de lujo, fogoso, orgulloso, con un humo que salía a borbotones de masa negruzca, pero limpia. Venía por la misma vía y dirección que nosotros.

Angustiados, como si asomáramos de broma escobas, nos asomábamos los viajeros del tren humilde, haciendo señas por la ventanilla.

Pero el tren de lujo se acercaba a comernos, como un túnel traicionero que llegara por detrás.

Las mujercillas de mi vagón se accidentaban. Las que sufrían desmayo se diferenciaban de las que sufrían ataque, en que aquéllas, al poner la cabeza en un asiento y los pies en el otro, se doblaban; y estas otras permanecían rígidas.

De pronto... ¡oh!

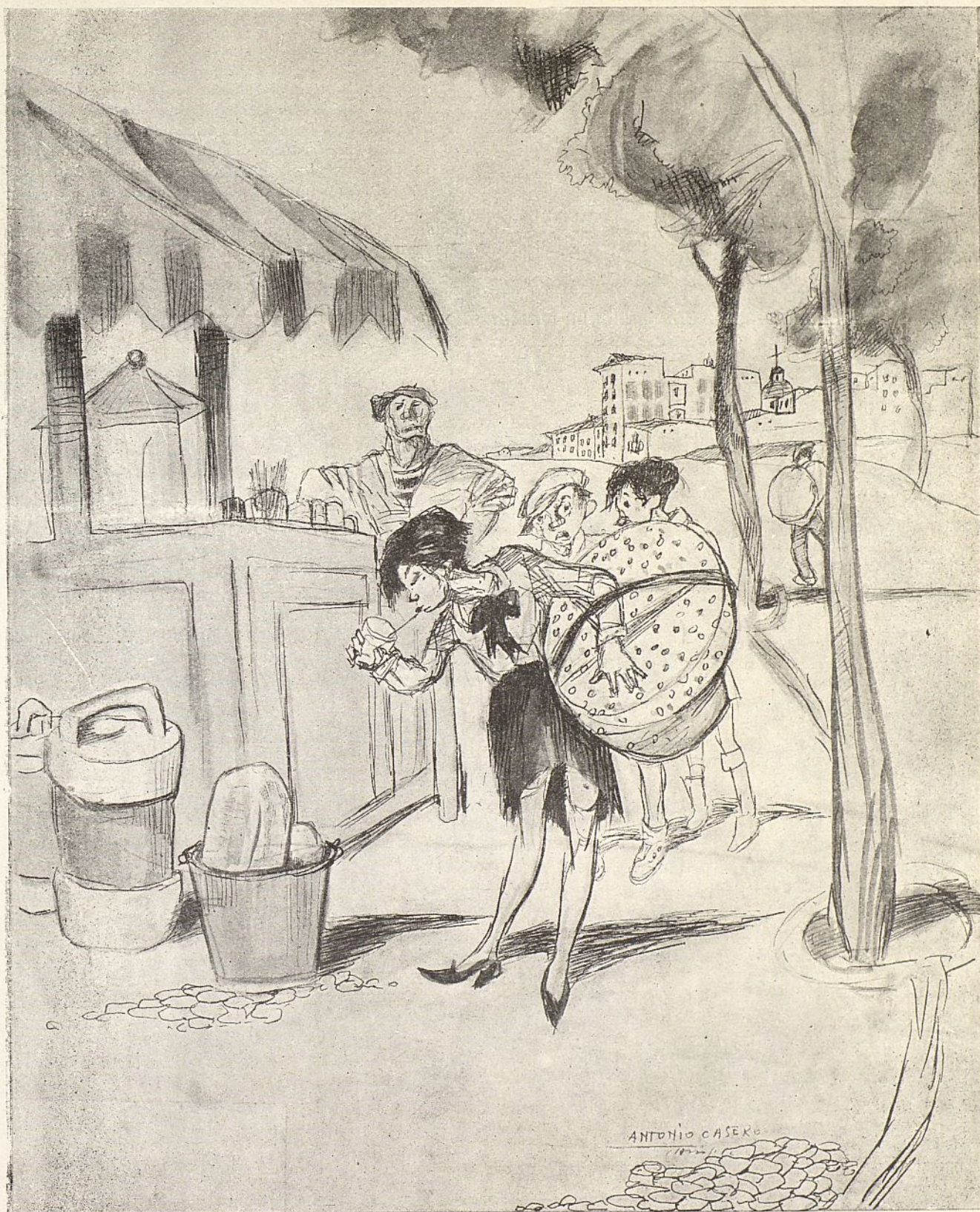
De pronto, un ruido enorme, terrible, de estruendo férreo, dominador, pasó veloz sobre nosotros. Nuestro tren se encogió como un perrillo perseguido por un perro de presa. Creo que hasta nos detuvimos con los ojos cerrados al sentir todo aquello sobre nuestro *trencete*.

Cuando tragamos la saliva y pudimos continuar, no había ni un viajero que no fuera gruñendo del lujo.

¡Y con razón, señor!

ANTONIO ROBLES





—Ya sé por qué te desprecia; porque vas de gorra, ¿no ves que le gustan los chicos con paja?

Dib. CASERO.—Madrid.



# MI AMIGO Y SU ALMA

Al convencerse de que estaba arruinado, mi amigo Cándido Elduero intentó suicidarse. Tenía motivos, no sólo para ello, sino hasta para leerse las obras completas de don José Ortega y Gasset. Había colocado toda su fortuna en acciones de la Casa La Sota Hermanos, con intención de cotizarlas en Bolsa, y se llevó una plancha como para un acorazado. Efectivamente; jugó, y le falló La Sota. Su ruina era más completa que la de Pompeya. El

caudal de Elduero había desaparecido.

Desechada como poco sería la idea de suicidarse, mi amigo pensó en su situación económica que, dicho sea en honor de la verdad, era bastante más crítica que la que hace don Julio Casares. El problema del pan resultaba para él mucho más peliagudo que para cualquier otro ciudadano, puesto que, como diabético que era, tenía que comerlo "Gluten", que cuesta más caro. Pretendió un empleo en una com-

pañía de seguros, solicitó un estanco y pidió a un amigo periodista una recomendación para entrar de conjunto en Romea. Pretendió también la representación de una fábrica de flautas muy propias para las veladas familiares, pero se lo negaron, so pretexto de que, como era aún joven y no usaba barba, no podía tener representación.

El pobre estaba desesperado. Hubo días en que, por todo alimento, ingirió un catálogo de "La casa del Bacalao". Su calvario no tuvo fin en mucho tiempo, pues aunque el amigo periodista logró colocarle de cuarto barba en una compañía de zarzuelas vascongadas, le despidieron en seguida, porque los papeles que hacía, más que de barba parecían de estraza.

Fué entonces cuando se le ocurrió aquella idea maquiavélica. En su juventud había leído algunas cosas parecidas, y la consideración de que tenía empeñada hasta la hebilla de los pantalones acabó de decidirle.

¡Vendería su alma al diablo!

Para entrevistarse con Santanás, le envió un continental citándole en el Bar Asprón para un asunto mercantil. El demonio le contestó en seguida aceptando la cita y advirtiéndole que se hacía un nudo en el rabo para no olvidarla.

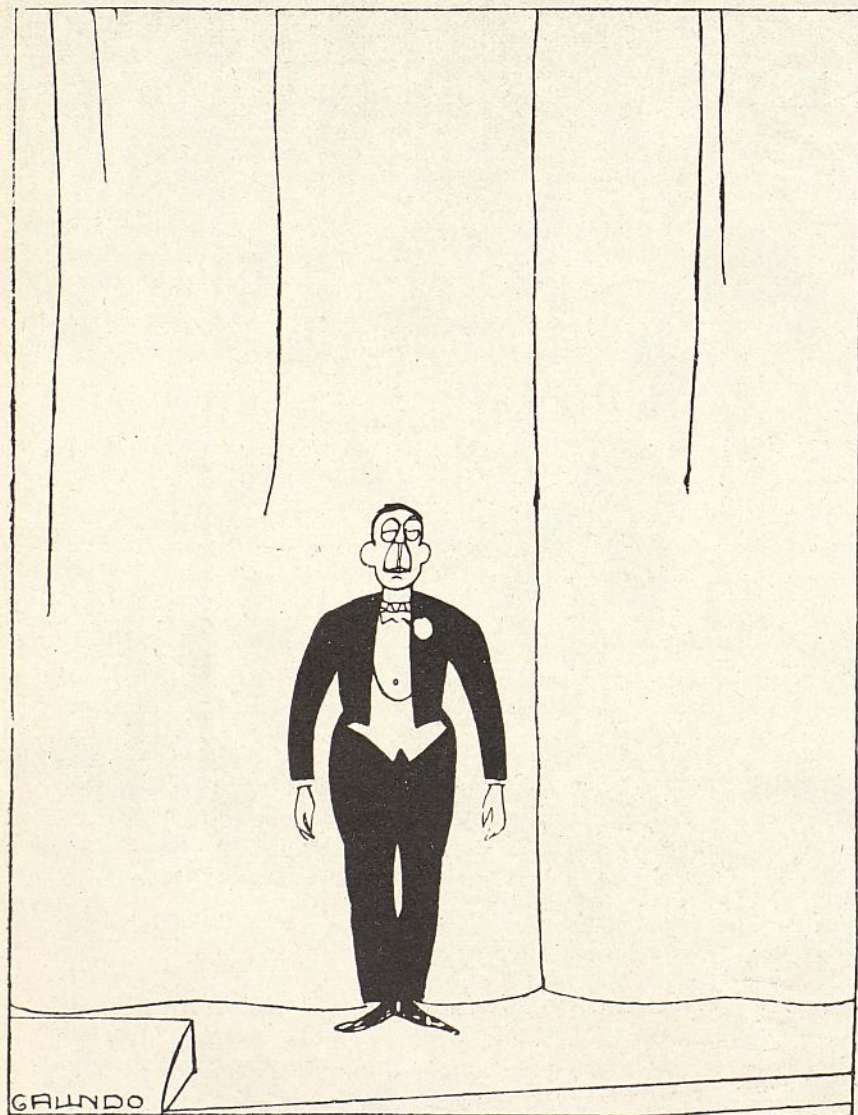
La emoción con que mi amigo entró en el bar la tarde convenida, es como para escrita en letras de cambio. El demonio estaba sentado ante una mesa tomando un barquillo relleno. Iba correctamente vestido, y llevaba chaleco de fantasía. Hizo una reverencia a Cándido, y le invitó a que se explicara. Mi amigo le dijo lo que pretendía; Santanás le escuchó con aire indiferente, y contestó:

—No creo que te convenga vender ahora el alma. Estamos a fin de temporada... Hay muchas ofertas... Si quieres venderme carbón, me prestarás un buen servicio. Pero el alma... ¡bah!

Cándido insistió:

—¡Mire usted que se la doy en muy buenas condiciones!

Al fin, el diablo sacó del bolsillo un instrumento semejante a un aparato de galena, obligó a mi amigo a que abriese la boca, y empezó a deslizarle por la garganta el chisme en



Dib. GALINDO.—Madrid.

*Respetable público: por haberse indispuerto el primer actor, vamos a representar Hamlet, según estaba anunciado; pero suprimiendo el papel de Hamlet.*



cuestión, al mismo tiempo que miraba por una lente del mecanismo.

Cándido sentía una gran molestia, pero se guardó de manifestarla, considerando muy lógico que el presunto comprador examinase la mercancía.

Concluída ya la faena, el diablo limpió el aparatito con una gamuza, lo guardó y dijo luego:

—Tienes un alma de las que vulgarmente llamamos de *a cero sesenta y cinco*. Además, me pertenece sin necesidad de darte ni un céntimo. He visto que estás condenado, por tu vida licenciosa. Hé aquí las consecuencias de haber sido siempre un hereje.

Fué inútil insistirle. Aprovechó un momento en que el camarero estaba vuelto de espaldas, y se marchó sin pagar. Como recuerdo de su visita quedó flotando en la atmósfera un olorillo a azufre y a polvos insecticidas.

Desde entonces, mi amigo se dedicó a hacer valer su alma. ¿No se había negado Satanás a comprársela por considerarle un hereje? Pues bien: en adelante sería un santo. Se dedicaría a la vida contemplativa y a la oración.

En efecto; no hubo procesión o novena en cuya primera fila no se encontrase Cándido. Poco después, Elduero iba a Compostela en peregrinación.

Satanás estaba ligeramente mosqueado. Un día se presentó a mi amigo, y le propuso:

—Te doy por el alma treinta y cinco duros. ¿Hacemos contrato?

—¡Imposible!—exclamó Elduero.—Espero que valga mucho más. En cuanto acabe la novena que estoy haciendo a San Dionisio Aeropajita, iré a Lourdes. Tal vez me anime y vaya también a Roma. De modo que, como usted comprenderá, eso no se paga con treinta y cinco laureanitos...

El diablo torció el gesto.

—Esas peregrinaciones abundan mucho y, por ello, valen muy poco. Si fueses a Jerusalén variaría la cotización. Quizás nos arreglásemos... Te aumentaría treinta duros...

—Ponga usted mil pesetas, y voy vestido de peregrino al Polo Norte.

Llegaron a un acuerdo. Mi amigo iría en peregrinación, andando, a Tierra Santa. Satanás, en cambio le compraba el alma en seiscientas pesetas y corría con los gastos, a más de adelantarle un primer plazo. Firmaron el

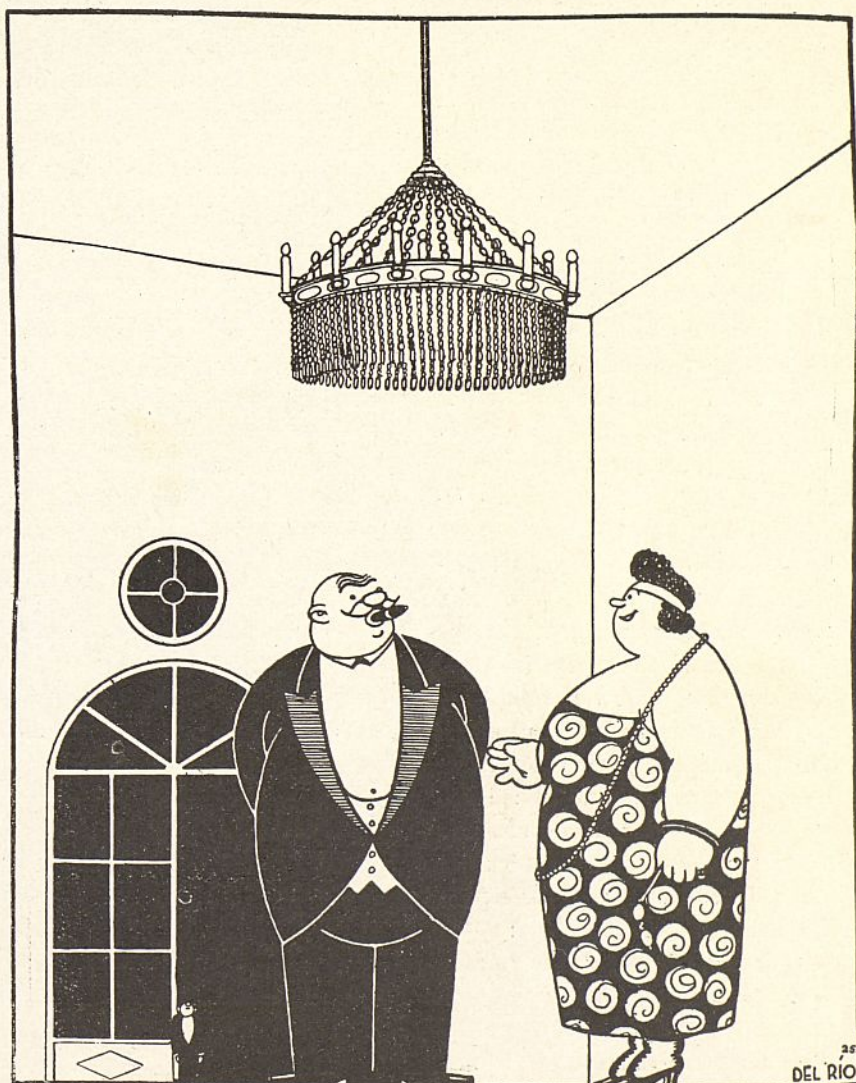
contrato y se estrecharon las manos en señal de conformidad. Acto seguido, Lucifer entregó a Cándido el importe del primer plazo—treinta y ocho duros buenos y dos sevillanos—, y mi amigo se puso en camino hacia Jerusalén.

Pero, como siempre que viajó lo hizo en ferrocarril, equivocóse, y se presentó en San Sebastián. Al enterarse de ello el demonio, se le llevaban sus compañeros. Inmediatamente exigió la devolución de las pesetas o la entrega del alma. De dinero, ni hablar; Cándido se lo había gastado con una

tanguista de Pancorbo. En cuanto al alma, le prometió enviársela por paquete postal tan pronto como se la devolviese un amigo a quien la prestó. Y así le fué dando largas.

Un día, cansóse el diablo de la chingota, presentó una denuncia ante los Tribunales. Cándido Elduero ingresó en la cárcel, pero a las pocas horas estaba en libertad. Al examinar el contrato, el juez pudo observar que no era válido. Al hacerlo Satanás y mi amigo, se les olvidó poner una póliza de diez céntimos.

CARLOS FERNANDEZ CUENCA



Dib. DEL RÍO.—Barcelona.

—Parece que los invitados se han marchado contentos.

—¡Caramba! Vamos a tener que contar los cubiertos.



# EL RAPTO

"¡Oh! ¡La mujer es una cosa muy complicada!"

GUSTAVO SERENA.

El padre de ella se oponía tenazmente a nuestras relaciones, alegando un sin fin de argumentos, tan injustos como desagradables para mi dignidad; pero, afortunadamente, Alice no compartía la opinión del autor de sus días y ello fué la causa de que pensara en la fuga como única solución posible para llevar a cabo nuestros deseos.

—Me raptarás de noche—propuso—. Quiero que entres en mi casa en una noche en que haya luna, escalando la tapia del jardín y fracturando la puerta; que penetres en mi dormitorio y que me conduzcas, prisionera entre tus brazos, hasta el automóvil. Así no podrás decir el día de mañana que yo fui a buscarte para que me raptases.

La noche del rapto pude darme cuenta de mi falta de aptitudes para escalar tapias. También pude advertir que no tengo habilidad alguna para fracturar puertas, aun empleando unas magníficas ganzúas, y de que, en los trances difíciles, huye de mí la serenidad y me convierto en un ser medroso y ridículo.

Marchando sin luz por la casa de Alice me desorienté repetidas veces. Los muebles delataban mis inciertos pasos con grandes ruidos, con sonoras caídas. Desconfiaba ya de encontrar el camino que me condujese al lado de Alice y de salir con vida del angustioso trance; tan dolorido tenía el cuerpo a causa de los golpes y de los esfuerzos, cuando sonó la voz de ella:

—¡Por aquí, Eduardo! Ten cuidado con el macetero que hay a la izquierda...

Esta advertencia llegó tarde. El macetero cayó al suelo y, con él, el tiesto que sostenía. Mis manos se encontraron al fin con las de la amada.

—¿Cómo no se te ha ocurrido traer

una linterna eléctrica?—me reprimió dulcemente.

Yo hice un gesto ambiguo, que se perdió en la obscuridad, y obsesionado por el temor de ser descubierto, apremié:

—¡Vamos, Alice!

—Sí, vamos. Pero antes... Espera.

Iluminó la estancia y con una mirada dulce y melancólica observó todos los muebles.

—Me despido de estos objetos—dijo justificándose—. Seguramente no volveré a verlos más. Entre ellos he pasado tantas horas que, al separarme de su lado, me parece que se desgarró algo en mi pecho.

Tenía un bello y trágico continente. Fué despidiéndose, con dolorido acento, del armario de luna, de la coqueta, de las sillas, de la cama, de los cuadros que adornaban las paredes. Las lágrimas brotaban de mis ojos y tuve que hacer un esfuerzo para decir:

—Vamos, Alice. Te estás atormentando.

Apagó las luces del dormitorio, me cogió de la mano y así, guiando ella y siguiéndola yo, cruzamos el pasillo. Al final de éste, en el comedor, detúvose, encendió la luz y principió a despedirse de los muebles que llenaban el cuarto. Tuvo adjetivos cariñosos y poemáticos para la mesa, el trinchero, el aparador y la media docena de sillas.

—¡Adiós, muebles queridos, adiós!



dijo como final, y el llanto humedeció las palabras.

Tras del comedor cruzamos la sala, la biblioteca, el despacho y el recibimiento. En todas estas estancias, Alice, llevada del más grande pesar, recordó pasados tiempos y aumentó el número de despedidas. Yo, vencido por lo patético del momento, lloraba desconsoladamente.

—Sólo me resta despedirme de mi padre—dijo—. Y aprovechando el estupor que me produjo aquel nuevo deseo, me condujo hasta el dormido cuerpo de su progenitor. Alice pronunció frases de enorme desconsuelo y dió gritos de espantosa desesperación. Por último, estampó un beso en la frente del dormido.

—No despertará—advirtió—. Le he dado un narcótico. Ahora, cógeme en tus brazos. Estoy dispuesta para el sacrificio. No llores, Eduardo...

—No, si no lloro. Si estoy convencido de que la felicidad nos espera.

La alcé penosamente, rendido por la emoción y los esfuerzos, y principié a andar. Alice, al llegar junto al automóvil, aumentó su desconsuelo. El *chauffeur* nos miró y dijo con voz decidida:

—Lo siento, señor, pero no puedo servirle. No quiero contribuir a la desgracia de esa joven ni complicarme en un rapto. Es usted un canalla cuando no se conmueve ante el dolor de una mujer y la arrastra hacia el deshonra y la vergüenza.

Aquellas frases produjeron un maravilloso efecto en Alice.

—Es verdad—dijo—. Este hombre no me ama y es un canalla. Y escapó de mi lado, perdiéndose bien pronto en las sombras.

El contador del *auto* marcaba la cantidad de 75 pesetas con 80 céntimos.

J. SANTUGINI PARADA



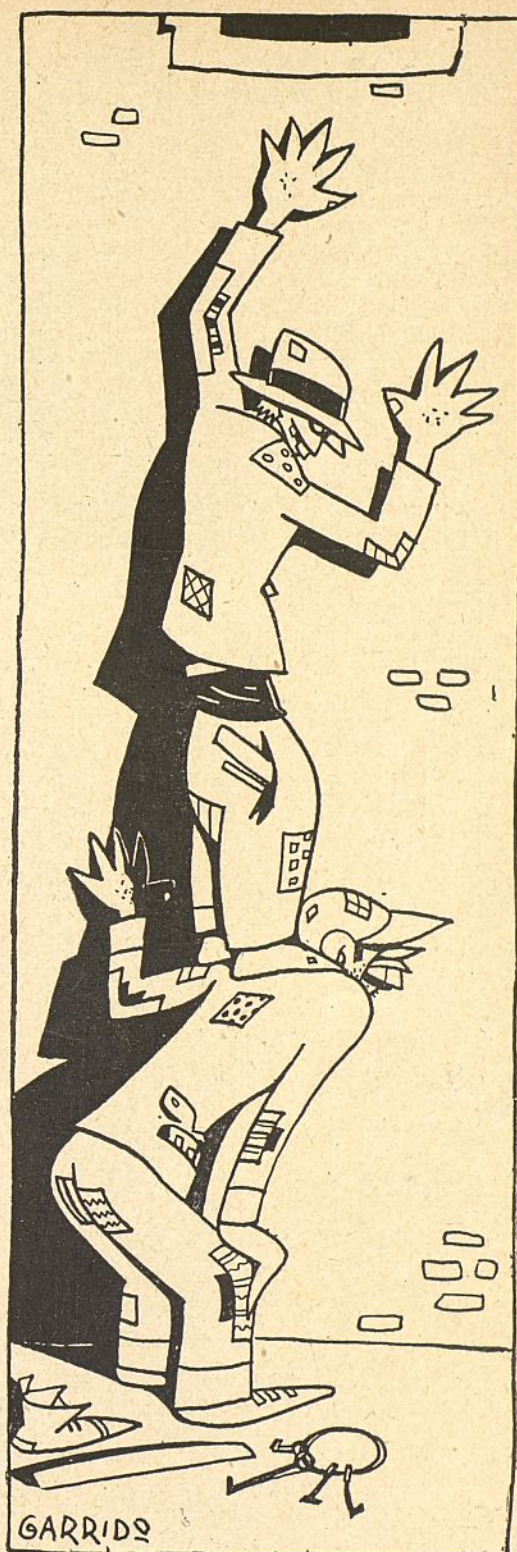
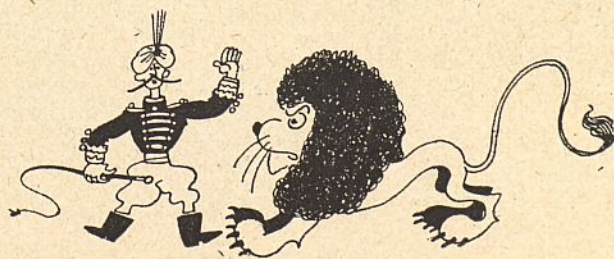
## LA CASA DE LOS RUIDOS

Quiero referir a ustedes,  
a falta de mejor cosa,  
una historia espeluzante,  
una horripilante historia  
que fué, ya hace algunos años,  
en esta villa famosa,  
comidilla de casinos  
de los periódicos crónica,  
espanto de menegildas,  
asombro de sus señoras,  
coco de niños y niñas  
y escama de mil personas  
de esas que se ponen pálidas  
con las cosas cavernósas,  
misteriosas, satanescas,  
fantasmales y estrambóticas.  
El caso es que en cierta casa,  
prócer, céntrica y lujosa,  
con cinco pisos y un sótano  
si no es infiel mi memoria,  
se empezó a oír cierto día  
una horrenda batahola  
de ruidos indescifrables,  
una orgía catastrófica  
de bufidos demoníacos,  
cual si estallasen mil bombas  
o arrastrasen cien cadenas,  
o se hundiesen veinte rocas,  
o cayeran diez tabiques,  
o tocasen treinta trompas,  
o rodaran quinse tanques,  
o bramasen cien mil olas,  
o rugieran tres ciclones,  
o algo así, ¡una cosa hórrida!...  
La vecindad, espantada,  
puso pies en polvorosa  
y la casa terrorífica  
se quedó en el barrio sola  
aunque, ¡eso sí!, con más ruidos  
cada vez, en espantosa  
y trágica mestolanza,  
cual si ellos fuesen la obra

de un Satanás epiléptico  
y ochenta brujas hidrófobas.  
Sobre todo por la noche  
la juerga era aterradora,  
infernál, desaforada,  
desopilante, estentórea.  
Vibraba la casa entera  
y entre las nocturnas sombras  
su vibración semejaba  
danza macabra y monstruosa  
de una fiera diluviana  
que se hubiese vuelto loca...  
Desfiló Madrid entero  
por la casa misteriosa  
y sus ruidos tremebundos  
los escucharon, curiosas  
y espantadas, nada menos  
que doscientas mil personas.  
Se habló del diablo, de duendes,  
de muertos, de almas penosas,  
y hasta de conspiradores  
que allí iban a armar la gorda.  
Hasta que un día un buen hombre  
que escuchaba la estruendosa  
sinfonía terrorífica,  
habló así a la gente atónita:  
—¡No es posible que este escándalo  
y estos ruidos sean cosa  
ni de duendes ni de diablos  
ni de brujas! ¡Aquí hay otra  
razón, palpable y humana  
aunque no parezca lógica!...

.....  
Y, en efecto, descubriase  
poco después de una hora  
que aquellos ruidos horribles,  
que aquella juerga espantosa,  
la producía un catarro  
de don Joaquín Sánchez Toca  
que se pasaba la noche  
estornudando en su alcoba...

SOTERO L. PEON



—Ya hace hora y media que debíamos haber despachao y es que tú eres un mandria y un patoso.

—Hombre, no te pongas así.

—Me pongo como me da la gana.

—No, si digo que no te pongas así, que no llego a la ventana.

Dib. GARRIDO.—Madrid. 1



DO, RE, MI, FA, SOL DEL VERANEO; ES DECIR: PRIMERAS NOTAS DEL VERANEO

## MADRID, EL TREN Y VILLALBA

El autor ha decidido marcharse a veranear. El autor se va a veranear a un rincón escabroso de la Sierra adonde no llegan nunca tropas de alpinistas, ni pollos perseguidores de muchachas cloróticas, ni se organizan verbenas benéficas, ni el paso de un tren cargado de pelmazos constituye un espectáculo digno de ser contemplado formando previamente largas caravanas.

El autor toma con seltz las primeras notas del veraneo.

## EN MADRID

En el "café de tarde".

(Un café céntrico, lleno de jóvenes que estropean cuartillas, de ancianos jubilados y de muchachas, dedicadas "a la contemplación extática de la vida". Me han entendido ustedes, ¿verdad? Pues sigamos avanzando. Llega el autor cargado de paquetes y con un gesto de hombre a quien la existencia le parece vacía como un cazo de aluminio.)

UN AMIGO.—¿Te vas?



—La señorita no le puede recibir porque está con un señor.  
—Bueno, me esperaré. ¿Hace mucho tiempo que está con él?  
—Once meses.

Dib. TORMO.—Madrid.

EL AUTOR.—Sí, mañana. En el tren de las siete cuarenta. (Si el autor dijese "en el tren de las ocho menos veinte", la declaración tendría mucho menos efecto.)

OTRO AMIGO.—(Dándose tono con la pregunta.) ¿Biarritz? ¿Deauville? ¿Eau des Bains? ¿Arcachón?

EL AUTOR.—(Que no tiene dinero para ir a Biarritz, ni a Deauville, ni a Eau des Bains, ni a Arcachón, con un mohín displicente.) ¿Me crees tan cursi? Me voy a la Sierra, al Guadarrama. Es lo más moderno.

OTRO AMIGO.—(Que no tiene dinero para ir al Guadarrama.) Yo no voy a la Sierra por pereza.

EL AUTOR.—Es por lo que yo no voy a Deauville. (Con diez litros de veneno.) Vosotros... ¿no salís este verano? (Una pausa, que marea como el "Babilonio".)

UN AMIGO.—Yo no sé dónde ir.

OTRO AMIGO.—Ni yo.

OTRO.—Ni yo.

EL AUTOR.—¿Y por qué no probáis a ir a la porra? (Desaparece dejando en el aire aquella frase, incisiva como un diente y detergente como el jabón Gal. Quedan en el café los amigos, deseándole al autor la intoxicación con cianuro de oro.)

## EN EL TREN

En un vagón ocupado por público burgués.

UN SEÑOR.—(Levantándose, al autor.) Si a usted no le molesta, cerraré la ventanilla. ¿Le molesta?

EL AUTOR.—No.

UN SEÑOR.—Es que cuando está abierta, entran carbonillas.

EL AUTOR.—Sí.

UN SEÑOR.—Y estando cerrada, no entran.

EL AUTOR.—¡Ya!

UN SEÑOR.—(Aparte, a su esposa, señalando al autor.) ¿Has visto qué joven tan comunicativo?

\*\*\*

UN SACERDOTE.—(Colocando la maleta en la redecilla que cae sobre el asiento del autor.) Voy a poner aquí mi maleta, porque por ahí no hay sitio... ¡No se mueva, no se mueva! Gracias... (Sentándose y enjugándose el sudor con un número de "La Voz".) ¡Uf! (Mezclando en una sola frase el



*Espíritu del Mal con el Espíritu del Bien.) ¡Demonio, qué calor hace, Dios mío!*

EL AUTOR.—(Súbitamente amable.)  
¿Al campo?

UN SACERDOTE.—¡Ay, sí! A descansar... He trabajado de firme este invierno... Luego, nuestra carrera proporciona tantos sinsabores... Pero confío en que encontraré el premio allá arriba.. (Levantando una mano verticalmente.)

EL AUTOR.—En el Cielo...

UN SACERDOTE.—No. En la maleta. Llevo en ella un juego de bolos, que me entusiasma.

\*\*\*

LA MAMÁ DEL NIÑO GORDO.—¡Estáte quieto Ramirín! ¡No te subas en las piernas de ese señor!

RAMIRÍN.—(Subiéndose con mucha fatiga por las piernas del autor y dejando escapar un ronquido vacuno.) ¡Uuuuh!...

LA MAMÁ DEL NIÑO GORDO.—¡Ramirín, que te estés quieto!

RAMIRÍN.—¡Uuuuh! (Consigue poner un pie en el estómago del autor.)

LA MAMÁ DEL NIÑO GORDO.—¡¡Pero, Ramirín!!

EL AUTOR.—(¡Qué preciosidad de niño!)

RAMIRÍN.—(Alcanzando el esófago del autor con los dos pies.) ¡Uuuuuuh!

LA MAMÁ DEL NIÑO GORDO.—¡¡Ramirín!!

EL AUTOR.—(Sacando un metro del bolsillo y midiendo la cabeza del niño gordo.) ¡Qué lastima! ¡Qué pena!

LA MAMÁ DEL NIÑO GORDO.—(Alarmada.) ¡Qué es eso? ¡Le ocurre algo al niño?

EL AUTOR.—Sí, señora.

LA MAMÁ DEL NIÑO GORDO.—¡Por Dios! ¡Qué le ocurre?

EL AUTOR.—Que no cabe por la ventanilla.

\*\*\*

# EN VILLALBA

*En el mismo vagón del mismo tren. (Comienza el convoy a ponerse en marcha, después de una detención de algunos minutos. Por el andén corre un viajero.)*

EL SEÑOR VIGOROSO.—(Que va asomado a su ventanilla.) ¡¡Atiza!!

VARIOS COMPAÑEROS DE VIAJE.—¿Qué sucede? ¿Qué pasa?

EL SEÑOR VIGOROSO.—Aquel caballero, que se ha entretenido demasiado en la cantina y va a perder el tren.

LOS COMPAÑEROS DE VIAJE.—(Aso-mándose al exterior, a pesar de que



—¿No sabes? Al "Alondra" lo cogió un toro y lo hizo una herida con tres trayectos: uno hacia el muslo, otro hacia el escroto y el tercero hacia el vientre.  
—¡Gachó! Eso no ha sido un toro, ha sido un ciervo. Dib. VIGIL ESCALERA.

está prohibido.) ¡Pobrecillo! ¡Qué mala suerte! ¡Vaya un descuido! (Etcétera, etc.)

EL SEÑOR VIGOROSO.—Yo lo arreglaré. (Se agacha hacia el andén y se sube a pulso al viajero que corría.) ¡Ea! ¡Ya está usted aquí! ¿Se entretuvo en la cantina, eh?

EL VIAJERO.—Sí. Creí que el tren iba a parar más... Pero gracias a usted ya estoy otra vez embarcado. Sólo siento una cosa.

EL SEÑOR VIGOROSO.—¿Qué siente?

EL VIAJERO.—Que en lugar de viajar usted en el tren de Segovia, no hubiera usted viajado en el de Avila.

EL SEÑOR VIGOROSO.—¿Por qué?

EL VIAJERO.—Porque yo iba a Avila caballero. Y en Segovia no conozco a nadie.

EL SEÑOR VIGOROSO.—Vuelvo en seguida. (Se va al cuarto de "toilette" y se dispara un tiro.)

Por la estilográfica,

ENRIQUE JARDIEL PONCELA  
La Tablada (Guadarrama).





# DEL BUEN HUMOR AJENO



## QUISICOSAS

por WILLIAM PERRIN'S

El forastero había sido llevado a un baile en el salón del hospital de sordomudos, por un doctor amigo suyo.

—¿Cómo demonios me las arreglaré para invitar a bailar a una sordomuda?—preguntó aquél.

—Muy sencillo—le respondió el doctor—; te acercas a ella, le sonríes y haces una inclinación de cabeza.

El invitado puso en práctica el procedimiento con una linda muchacha. Se acercó, sonrió, hizo una reverencia y la muchacha se unió a él para bailar. Tres bailes seguidos fué su pareja, y ya se disponía nuestro hombre a invitarla por cuarta vez cuando se acercó a ella un caballero que la dijo:

—Pero, ¿cuándo vamos a bailar nosotros?... Hace una hora que te espero.

—Es que no sé cómo desprenderme de este pobre sordomudo.

\*\*\*

En una asamblea de fieles efectuada en California, el sacerdote, después



—¿Sabes qué edad tiene tu tía?

—No; pero sé la que quisiera tener.

De London Mail.—Londres.

de haber pronunciado un sermón excitando a la caridad, hizo pasar el sombrero por la concurrencia para recoger ofrenda. Pero, después de dar la vuelta al templo, el sombrero volvió vacío.

No encontrando en él el sacerdote más que un botón de americana, dijo mirando al altar:

—Gracias, Señor; porque me has devuelto mi sombrero después de haber pasado por semejante concurrencia.

\*\*\*

El boticario del lugar tuvo la suerte de perder a su esposa, mujer que fué muy huraña y déspota.

Se colocó el cadáver en el ataúd, y unos hombres la llevaron al cementerio. Pero ocurrió, que al volver una de las calles, tropezó el ataúd con la esquina de una casa y cayó al suelo, abriéndose. Y aquí viene lo insospechado: como la difunta no lo era, sino que se hallaba en estado de catalepsia, se levantó, y por su propio pie marchó a su casa, ante el espanto del acompañamiento.

Pasaron dos años y volvió a morir. Esta vez de verdad; sin embargo, el marido, al ser conducido el cadáver, recomendó a los hombres que lo llevaban: “¡Mucho cuidado con tropezar en ninguna parte!”

\*\*\*

El gran turco, queriendo poner a prueba la bravura de sus súbditos, hizo llamar a su presencia, un día, a un griego, un armenio y un judío. Blandiendo una enorme pistola, hizo como si los fuera a matar. El griego se esquivó, el armenio imploró perdón y sólo el judío permaneció quieto.

—“¿Qué quieres en recompensa de tu valor?” díjole el sultán.

—“Unos pantalones. Vuestra Majestad me ha dado mucho miedo.”

\*\*\*

Jim Goodbye se hallaba veraneando

en una pequeña ciudad de Normandía. Desde la primera comida que hizo en el hotel, empezó a reclamar:

—“Mozo, ¿esto es un biter? En mi país son tres veces más grandes...”

O bien:

—“Mozo, ¿pero esto era un pollo? En mi país son tres veces más grandes...”

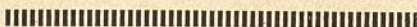
Así todos los días, a cada comida, con motivo de todos los platos. El mozo estaba ya loco.

Una noche al ir a acostarse Jim Goodbye se encontró en el lecho un cangrejo de mar, que andaba por la sábana. Inmediatamente llamó al mozo y le dijo:

—“¿Qué es esto? ¿Qué significa esta broma?”

—“Eso, respondió fríamente el criado, es una pulga. En Francia, las pulgas son mucho más grandes que en Inglaterra.”

G. P.



EL TENOR.—Todo lo que yo canto, señorita, sale del corazón.

ELLA.—Ya se ve que son notas de... pecho...

De The Humorist.—Londres.





**No se devuelven los originales ni se mantiene otra correspondencia que la de esta sección.**

**H. G. M. Barcelona.**—Nos tomamos la libertad de copiar una de las más transcendentales afirmaciones que sienta usted en su poesía pesimista y dolorida.

Dice así:

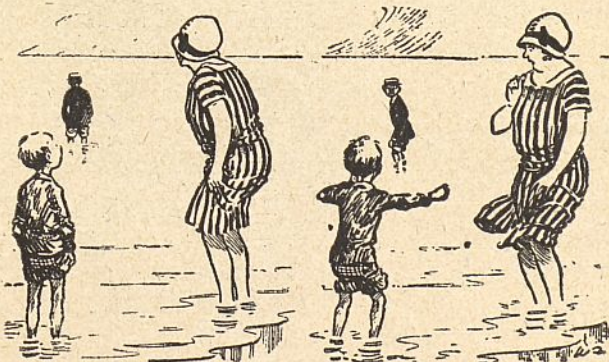
"El frío que hace en Siberia es una cosa muy seria".

Y, con el mismo derecho que usted, vamos a permitirnos decir otra verdad tan indiscutible como esa, y que es la siguiente:

El calor que hace en la Mancha es una cosa que plancha.

Después de lo cual, nos quedamos tan tranquilos como usted. Y, como usted, dispuestos a seguir versificando hasta que se hunda la bóveda celeste y nos coja debajo.

**Campazas. Lora del Río.** — No sea usted bruto ni se pegue un tiro por el estúpido detalle de que María Luz haya despreciado su cariño. Piense que sobre su tumba habría que grabar un epitafio alusivo a la tragedia y fíjese lo ridícula que haría esta inscripción encima de su losa cadavérica:



La mujer (llamando al marido).—*Guillermo! Guillermo!*  
El chico.—*Ehl! ehl... que te llama tu madre!*

Aquí reposa Campazas, poeta de Lora del Río, muerto de unas calabazas de padre y muy señor mío.

¿Ve usted qué cosa más idiota? ¡Nada, nada, a consolarse y a empeñar ese revólver inmediatamente! ¡Pues no faltaba más sino que un hombre, como usted que puede dar días de gloria a la Agricultura española, se vaciase el serrín del cerebro por los desdenes de una dama! ¡De ninguna manera, y nos disgustaremos mucho si usted nos desobedece y hace la barbaridad! ¡Aparte de que ya ha hecho usted bastantes barbaridades en el artículo donde se refiere su desencanto amoroso!...

**L. R. O. Madrid.**—Sus dibujos son una colección de churros incomedibles, por los que merece usted la censura más grasienta y el sartenazo más contundente.

**A. L. V. Valencia.**—No puede aceptarse. Es una verdadera pestilencia.

**M. O. P. Zamora.**—Es usted más tonto que un jeroglífico caldeo.

**Gholin. Madrid**

Se publicará su cuento aunque no es un monumento.

Pero como cien señores los manan mucho peores, éste parece un portento.

**E. L. P. Gijón.**—Sea usted asturiano, sea usted veraneante, es usted un pobre majadero que nos infunde una compasión exorbitante y desmedida. Gracias a eso, no le decimos algo gordo, aunque hay motivo más que fundado para toda clase de obesidades insultantes.

**Pantilloso. Madrid.**—No sirve.

**Liberal. Bilbao.**

¡Conqué gusto, Liberal, te llamaría morral!

**Belgranito. Buenos Aires.** — Procediendo como usted, estimamos que no se facilita el camino para la inteligencia hispano-americana ni se pueden estrechar lazos ni siquiera en las corbaterías.

El caso de usted, es, sencillamente, el mismo que se suscitaba si nuestro Buscarini se empeñase en que se publicaran sus versos en *La Nación* de esa ríoplatense capital. ¿Para qué, pues pretender que sea un hecho lo imposible, ilustre compadrito, querido ché de nuestro corazón?

**Nice. Madrid.**

Era tan malo el soneto que lo he roto sin respeto.

**S. B. R. Sevilla.** — Usted debe de ser uno de los varios *Curros Melojas* que pululan por esa indescriptible capital, porque, camará, exhibe usted una *asaúre* verdaderamente consternadora.

**Gondolero. Valencia.**

¡Gondolero! ¡Gondolero!  
¡¡Has metido el remo entero!!

**C. P. M. Talavera.**—No es lo malo que en esa histórica ciudad haya muerto Joselito. Lo lamentable es que haya nacido usted y que, al llegar la edad del crecimiento, nos quiera usted empezar a chinchar con poesías

alusivas a aquella tragedia taurina. Menos mal que nosotros no estamos dispuestos a la chinchadura y que procuraremos oponernos a ella tan enérgicamente como hoy.

**A. D. L. Granada.**

Su soneto *La vejez* es una mentecatez.

**Dekobra. Madrid.**—¿Con que usted piensa vivir de la pluma? ¡Pues como no sea relleno de colchones con ella, está usted lucido!

**Buendía. Bilbao.**

Job aguantar no podría lo que nos manda Buendía.

¿De manera que nosotros, que tenemos bastante menos correa que Job, calculen ustedes lo que habremos hecho! ¡*Cestonizarle* implacablemente, inapelablemente, radicalmente, brutalmente, e *ipso facto* en una palabra, en una palabra que son dos, pero que todavía son pocas para las que se merece el amigo!...

**Lisio. Avila.**—¿Versos dedicados a las succulentas pantorrillas de su novia?... ¿Y por qué no se conforma usted con dedicarle un par de pellizquitos, que le resultaría a usted mucho más sabroso y a nosotros muchísimo más cómodo?... ¡Es gana de dilapidar el tiempo y de jeringar a la gente sin necesidad!

**Cateto. Badajoz.**

Su terrible mamotreto yace en el cesto, Cateto.

**E. R. P. Madrid.** — *San Pedro, mártir*, es el título de su divagación litúrgica, pero nosotros, que la hemos leído hasta el fin, resultamos todavía más mártires que San Pedro y casi tan santos como el mismo, y esto no puede ser de ninguna manera. O se nos proporciona un altar o se lleva usted el artículo para siempre jamás, amén.

De *The Humorist*.—Londres.





# EL BUEN HUMOR DEL PUBLICO



Para tomar parte en este Concurso, es condición indispensable que todo envío de chistes venga acompañado de su correspondiente cupón y con la firma del remitente al pie de cada cuartilla, nunca en carta aparte, aunque al publicarse los trabajos no conste su nombre, si no un seudónimo, si así lo advierte el interesado. En el sobre indíquese: «Para el Concurso de chistes».

Concederemos un premio de DIEZ PESETAS al mejor chiste de los publicados en cada número.

Es condición indispensable la presentación de la cédula personal para el cobro de los premios.

¡Ah! Consideramos innecesario advertir que de la originalidad de los chistes son responsables los que figuren como autores de los mismos.

*El premio del número anterior ha correspondido al siguiente chiste:*

Un par de listos:  
—Oiga, chico, ¿hace usted el favor de decirme si vive en esta casa una señorita llamada María, que tiene una hermana más pequeña cuyo nombre es Angelita?  
—No, señor, aquí no.  
—Hombre, si me han dicho que en el piso cuarto.  
—En el piso cuarto la señorita que vive se llama Angelita, y esa lo que tiene es una mayor que se llama María.  
—Entonces me habrán dado mal las señas. ¡Gracias!  
Juan Carbonell.—Madrid

## PASTILLAS DE CAFE Y LECHE VIUDA DE CELESTINO SOLANO

Primera marca mundial

LOGROÑO

Un hijo le dice a su madre:  
—Oyer mamá, ¿comen los pecados?  
—No, hijo mío, no comen.  
—Entonces, ¿por qué dice el cura que los pecados se purgan en el Purgatorio?  
Sin una gorda.—Madrid

—¿En qué se diferencia España de Francia?  
—En que España tiene un Franco que vale mucho y Francia tiene un franco que no vale un real

Perros y Gatos.—Lorca.

Entre amigos:  
—Oye, ya sé que tienes de novia una americana.  
—Sí, pero no voy a poder seguir, porque es muy apocada y tímida...

—¿Y ese es el inconveniente?  
—¡Claro hombre! ¿No comprendes que haría el ridículo con una americana tan corta?  
Vicente de Lastra.  
Puente de Vallecas.

—¿Qué tal aquella familia?  
—Regular. Ambrosio anda muy mal.  
—¿Malos negocios?...  
—No; se ha roto una pierna.  
Belén.—Villada.

Entre dos amigos:  
—Oye, ¿en qué te parece tú cuando resuelves una cuestión al Metropolitano?  
—¿.....?  
—En que *Sol-Ventas* la cuestión.  
Perico.—Madrid.

Un forastero llega a cierto pueblo y pregunta a unas jóvenes cursis de la localidad:  
—¿Hay bailes aquí con frecuencia?  
—Con frecuencia, nunca, no señor. Siempre con organillo...  
El Intrépido Mosquetero.  
Madrid.

En un restaurant.  
El cliente.—Oiga, mozo, hoy quiero comer muy bien, ¿qué me aconseja usted?

—Que se vaya al restaurant de enfrente.

Consolación.—Barcelona.

—¿En qué se parece Margarita Xirgú a la Puerta del Sol?

—En que la Puerta del Sol nunca esta sola y Margarita Xirgú lleva compañía.

Una chistosa.—Murcia.

—¿Cuáles son las personas que encuentran alegría en el pesar?

—Las que venden al peso.  
“Wassiriam”.

¡A ése! ¡A ése!—gritaba un joven.

Un guardia, al oírle le pregunta:

—¿Pero por qué demonios chillas usted de esa manera, qué le ha pasado?

—Pues mire usted, que ese que va corriendo me ha quitado un bolso de plata.

—¿Y llevaba cosas de valor dentro?

—No lo sé.

—¿Cómo que no lo sabe usted?

Con “Pruni” se purgó un día la niña de los de Iruelas, y al ver lo bien que sabía tal jarabe de ciruelas tomarlo a diario quería.

—¡Claro, cómo lo voy a saber, si se lo acababa de quitar yo a una señora!

A. S.—Madrid.

En un departamento de ferrocarril, uno de los viajeros saca un habano, preguntando al de enfrente:

—¿Le molesta el humo?

Y el compañero, que era sordo, lo toma y dice:

—¡Gracias, amigo!

Anselmo Pérez.—Ceuta.

—¿Cuál es la diferencia que existe entre un amigo que me paga el café y un cadáver?

—¿.....?

—Pues que el amigo que me paga el café *con-vida* y el cadáver *sin-vida*.

Antonio Fernández G, de Quevedo.—Orense.

—¿Cuál es el colmo de la imposibilidad?

—Perder un *im-perdible*.

J. Hortigas.—Puerto Santa María.

## AMADOR

FOTÓGRAFO

PUERTA DEL SOL, 13

—¿Por qué Franco no se marea cuando vuela?

—Porque como es Franco, no puede cambiar la peseta.

Job.—Melilla.

—¿En qué se parece un espada después de la corrida a la ropa limpia?

—En que ha sufrido varias coladas.

Alvaro Ruiz.—Zaragoza.

—He sabido lo del rapto de Serafín. ¿La mamá de ellos los perdonó?

—Creo que no.

—¿Por qué?

—Porque se fué a vivir con ellos.

Carlos de León.

Examen de Geometría:

—Diga usted, joven. ¿Cómo se forma un círculo?

—Pues reuniéndose varios socios y pidiendo permiso al gobernador.

Minotauro



Entre dos amigos:

—¿Sabes que han degollado a Fulano?

—¿Cómo degollado? Si le han pegado una puñalada en el vientre.

—Hombre, es que recordarás que era ventrílocuo.

C. G. C.—Madrid

El canto gangoso:

La madre abadesa no consideraba que el canto era bas-



tante de devoto y sentido cuando no era muy gangoso, especialmente al terminar cada frase.

Las novicias y las monjas jóvenes se obstinaban, sin embargo, en querer lucir la voz y en no ganguear.

Cierto día que estaban en el coro, cantaron sonoramente y sin que el aire pasase por las narices:

...—¡ Per omnia saecula saeculorum!

Y notando la abadesa que no la obedecían, dijo gangueando y algo enojada:

—¡ Niñas, un poco de más narices en el culorum!

Petrejo.—Albacete

En Cádiz, caros oyentes,  
con Licor, para los dientes,  
del Polo, limpia fuencisla  
las bocas de sus parientes  
y las bocas de la isla.

Buenhumoradas:

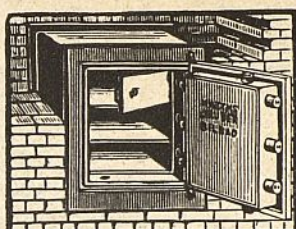
Polito.—¿A que no sabes dónde tendría la mano una "niña bien", que estuviese soñando que está con su novio en el cine?

Totito.—¿...?

Polito.—Pues... al extremo del brazo.

Quique.—La Coruña

En un examen de Historia de España, a un muchacho, disci-



### ARCAS INVISIBLES

Empotrada el arca en la pared, ésta queda lisa y sin salientes. La caja se puede tapar con el papel o la pintura del decorado y colocar encima un cuadro. Así quedará del todo oculta. Tengo estas cajas en muchos tamaños. Precios módicos. Pedid catálogo á

**MATTHS. GRUBER**  
Apartado 185, Bilbao

pulo inteligente, pero de infiel memoria, le tocó en suerte la lección del reinado de Felipe II.

Mal que bien, pudo irse defendiendo ante el acoso de preguntas que le hacía el catedrático, presidente del tribunal, preguntas que, tanto al discípulo como a su profesor, que actuaba de vocal del mismo, levantaban en vilo.

Como final del examen, el catedrático hace al muchacho la siguiente pregunta:

—Bueno; y, dígame usted: ¿Quién sucedió en el reinado a Felipe II?

El muchacho peleó en balde con su memoria, y, como quiera que ésta no le correspondiera, buscó con sus ojos a los de su profesor, procedimiento que, en el transcurso del examen no le dió del todo mal resultado.

Al profesor, comiéndose a su discípulo con la vista y apelando a la mímica, se le ocurrió atusarse el bigote con tres dedos de la mano derecha, llamando la atención, discretamente, a su discípulo.

Y éste, advirtiéndole el ademán y con énfasis de satisfacción, espetó la siguiente respuesta:

—¡ Felipe el de los tres bigotes!

M. R. M.

De actualidad:

—¿En qué se parece un fabricante de paraguas a la oreja de oro?

—Pues en que es *para-agüero*.

Leopoldo G. López.—Madrid.

AGENTE DE PUBLICIDAD  
PARA

**BUEN HUMOR**

EN CATALUÑA

**Félix Verdún Daly**

ROSELLO, 402 BARCELONA

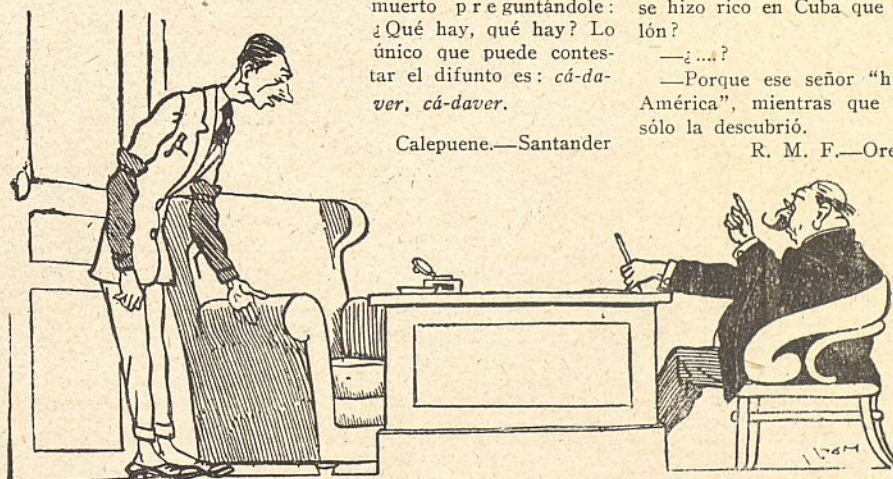
Maldición gitana:

—Permita Dios que te vuelvas siempre y padescas de callos.

Pedro Soria.—Madrid

Un individuo al ver pasar un entierro saluda al muerto preguntándole: ¿Qué hay, qué hay? Lo único que puede contestar el difunto es: *cá-daver, cá-daver*.

Calepuene.—Santander



—Perdone, señor Director, que ayer no viniera a la oficina, pues tuve que *ca-sarme*.

—Bueno, está bien; pero que no vuelva a repetirse, eh?

### CUPON

correspondiente al núm. 245 de

**BUEN HUMOR**

que deberá acompañar a todo trabajo que se nos remita para el Concurso permanente de chistes o como colaboración espontánea.

Un soldado mordió a otro en la nariz y le exigió que no dijese nada al cabo.

Mas llegó éste y preguntó:

—¿Quién ha sido el que te ha mordido en la nariz?

—Yo mismo.

—¿Y cómo alcanzaste, animal?

—Porque me subí en una silla.

Carlos de León

### EMBROCACIÓN HERCULES que es un LINIMENTO

Blanco suave. Blanquea la piel.

**Cura** golpes, contusiones, torceduras, etc. etc.

y es preferido por todos los deportistas

**Venta** E. Durán.—Gayoso.

Borrell, en Madrid.

Juan Martín, Madrid-Barcelona.

Bilbao-Murcia-Valencia

**Centro Farmacéutico**

Sevilla. José Marín Galán.

Autor: G. Fernández de Mata.

La Bañeza (León).

Acertijo.

—¿Por qué se le debía de dar más importancia a un señor que se hizo rico en Cuba que a Colón?

—¿...?

—Porque ese señor "hizo la América", mientras que Colón sólo la descubrió.

R. M. F.—Orense

De Pele Mele.—París.



PARIS Y BERLIN  
Gran premio  
y  
Medalla de oro

# BELLEZA

No dejarse engañar.  
Exijan siempre esta  
marca y nombre  
BELLEZA

**Depilatorio Belleza** Tiene fama mundial por ser el único inofensivo y que quita en el acto el vello y pelo de la cara, brazos, etc., matando la raíz sin molestia ni perjuicio para el cutis. Resultados prácticos y rápidos. Único que ha obtenido Gran Premio.

**Tintura Winter** Basta una sola aplicación para que desaparezcan las canas. Sirve para el cabello, barba o bigote. De matices perfectamente naturales e inalterables. Píntala negro, castaño oscuro, castaño natural, castaño claro, rubio. Es la mejor, más práctica y más económica.

**Angelical Cutis** LIQUIDO (blanco o rosado). Este producto, completamente inofensivo da al cutis *blancura fija y finura envidiables*, sin necesidad de emplear polvos. Su acción es tónica, y con su uso desaparecen las imperfecciones del rostro (*rojeces, manchas, rostros grasientos, etcétera*), dando al cutis *belleza, distinción y delicado perfume*.

**Pelífero Belleza** Vigoriza el cabello y lo hace renacer a los calvos, por rebelde que sea la calvicie.

**Loción Belleza** Con perfume de frescas flores. Es el secreto de la mujer y del hombre para *rejuvenecer su cutis*. Recobran los rostros marchitos o envejecidos lozanía y juventud. Especialmente preparada y de gran poder re-



conocido para hacer desaparecer las *arrugas, granos, bultos, asperezas, etc.* Da firmeza y desarrollo a los pechos de la mujer. Absolutamente inofensiva, pues aunque se introduzca en los ojos o en la boca no puede perjudicar.

**Almendrolina Belleza** CREMA ALMENDROLINA. Es la reina de las cremas. Conplace a la persona más exigente, *rejuvenece, embellece y conserva el rostro*, y, en general, todo el cutis de manera admirable. En seguida de usarla se notan sus beneficiosos resultados, obteniendo el cutis *gran finura, hermosura y juventud*. La CREMA ALMENDROLINA, marca BELLEZA, garantizamos estar exenta de grasas y demás sustancias que puedan perjudicar al cutis. Reune las condiciones máximas de pureza, y es completamente inofensiva. Preparada a base de finísima pasta de almendras y jugo rosas. Delicioso perfume.

**ES EL IDEAL Rhum Belleza FUERA CANAS** A base de nogal. Bastan unas gotas durante seis días para que desaparezcan las canas, devolviéndoles su color primitivo con extraordinaria perfección. Usándolo una o dos veces por semana, se evitan los *cabellos blancos*, pues *sin teñirlos*, les da color y vida. Es inofensivo hasta para los *herpéticos*. No mancha, no ensucia ni engrasa. Se usa lo mismo que el ron quina.

DE VENTA en las principales perfumerías, droguerías y farmacias de España, América y Portugal. - DEPOSITARIOS: En Buenos Aires, D. Luis Badía, calle Bernardo Irigoyen, 263. En Habana, D. Enrique Tayá, calle Dragones, 92, Teléfono A. 3186. En Panamá, D. Pedro Pujolás, Farmacia Española. En Méjico, D. Jesús Rodríguez, Academia, 35.

Fabricante: ARGENTÉ, HERMANOS, Badalona (España)

## LA PAQUITA

NUEVA FABRICA DE PAPEL CONTINUO  
DE

## BALBINO CERRADA

41, ANTONIO LOPEZ, 41

TELEFONO 23-33 M

(A CINCO MINUTOS DEL PUENTE DE TOLEDO)

M A D R I D

SE FABRICA TODA CLASE DE PAPELES DE EDICION, SATINADOS FINOS, DIBUJOS, ESCRIBIR, ETC.

ALMACEN: Plaza del Matute, 6. Teléfono 50-05 M





# CREMA

# LIDA

## RECONSTITUYENTE

Es un preparado único, con propiedades maravillosamente curativas y reconstituyentes. La epidermis lo absorbe como las plantas el riego. Alimenta los tejidos y aumenta su elasticidad; limpia los poros de toda impureza y materia exterior nociva; blanquea y conserva el cutis; borra paulatinamente las arrugas, surcos y depresiones faciales, aplicándola en la dirección que en el dibujo marcan las flechas, y devuelve al rostro su tersura y lozanía

DEPOSITARIO  
URQUIOLA. — MAYOR, 1  
MADRID



# BUEN HUMOR



—Lo que más me divierte del campo son los animales.  
—Pues aquí no te aburrirás; está el guarda de la finca, que es un *perro fiel*; el *ganso* de mi primo y el *burro* de mi hermano, y, según dice éste, hay por estos contornos una chica *bestial*!!

Dib. SERNY.